ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA HISTORIA DEL MUNDO

4



Editorial

ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA HISTORIA DEL MUNDO

4



ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA HISTORIA DEL MUNDO

4

John Macdonald

Editorial
Rombo

Dirección editorial:
Julián Viñuales

Coordinación editorial:
Julián Viñuales, Jr.

Dirección técnica:
Pilar Mora

Coordinación técnica:
Miguel Ángel Roig

Diseño cubierta:
Hans Geel

Traducción:
Gearco

Fotocomposición:
Alfonso Lozano

Título original:
Great Battlefields of the World

Publicado por:
Editorial Rombo, S. A.
Muntaner, 371
08021 Barcelona

ISBN: 84-86579-11-2 (Volumen 4)
84-86579-12-0 (Obra completa)

Impresión:
Rotocayfo, S. A (11-10-94)
Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B. 29251-94

Printed in Spain

SUMARIO

Port Arthur/ *19 agosto, 1904 - 2 enero, 1905* 126-129

Tannenberg/ *26-30 agosto, 1914* 130-137

Bahía de Suvla/ *6 agosto, 1915 - 9 enero, 1916* 138-145

El Somme/ *1 julio - 19 noviembre, 1916* 146-157

El Ebro/ *24 julio - 18 noviembre, 1938* 158-161

El Alamein/ *23 octubre - 4 noviembre, 1942* 162-165

Port Arthur/ *19 de agosto de 1904-2 de enero de 1905*

En 1904 Japón se lanzó a la reconquista de Manchuria. Diez años antes, a continuación de su guerra contra China, se había apropiado de esta vasta región, pero bajo la presión de Francia, Alemania y Rusia, decidió renunciar a ella.

Ahora más por deseo de prestigio que de fuerza, el Imperio del sol Naciente quería reconquistar Manchuria, en particular Port Arthur, puerto de aguas profundas en el extremo de la península de Liaotung. Fue allí, el 8 de febrero de 1904, donde un ataque relámpago japonés contra la flota rusa desencadenó la guerra. Las dos partes enviaron fuerzas considerables a la región.

La reconquista de Port Arthur se confió al general Maresuke Nogi, quien desembarcó el 1 de junio a unos 40 kilómetros al norte del objetivo, para tomar el mando del 3.er Ejército, que contaba con alrededor de 90.000 hombres, y comenzó a avanzar hacia el sur. El general ruso Stoessel, con unos 30.000 hombres aproximadamente, contuvo su avance durante dos meses para permitir a los zapadores y a la guarnición de 20.000 hombres mejorar las defensas de la ciudad. Cuando el 30 de julio Stoessel se vio forzado a replegarse hacia el campo atrincherado, constató que en poco tiempo el cuerpo de ingenieros había hecho un buen trabajo. Toda la zona se encontraba erizada de trincheras, parapetos y emplazamientos de artillería.

Entre el 19 de agosto y el 26 de noviembre, la infantería de Nogi sirvió de carne de cañón en los tres ataques rechazados por los rusos, todos ellos con graves pérdidas. Incluso los asaltos nocturnos se saldaban con numerosos muertos y heridos, pues los rusos, para guiar a la artillería, utilizaban poderosos reflectores que iluminaban a los asaltantes.

En Port Arthur se pusieron en práctica todos los medios de la guerra moderna. Hubo potentes obuses de 280 mm, capaces de enviar a 8 km proyectiles de 225 kg, artillería de campaña de tiro rápido, ametralladoras Maxim, fusiles de repetición, alambres de espino y granadas.

Después del fracaso del tercer gran ataque del 26 de noviembre, que había causado 10.000 muertos o heridos entre los japoneses sólo en 15 horas de combate, Nogi debió reconocer que no haría caer Port Arthur mediante asaltos frontales en masa, por muy atrevidos que fueran.

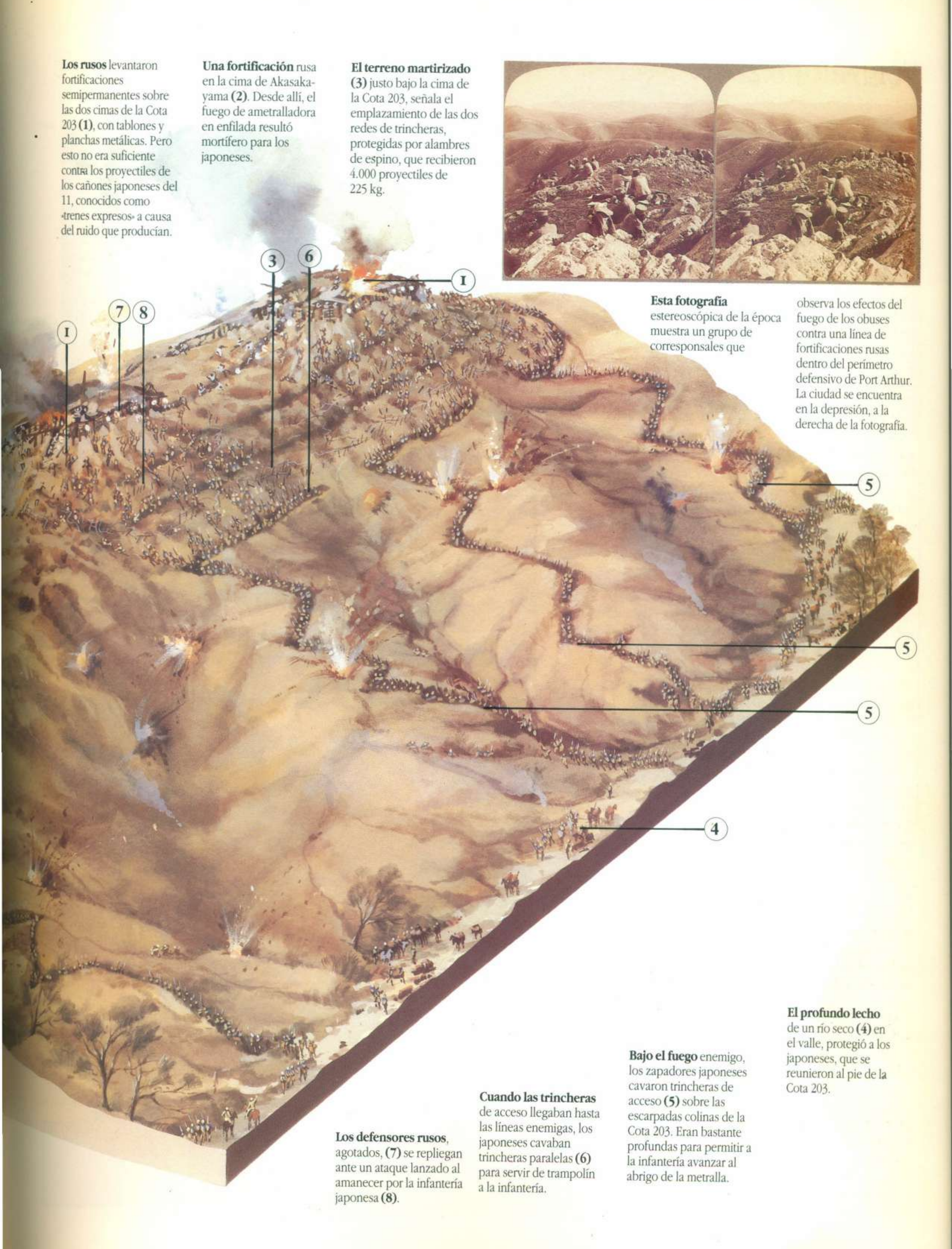
Como Tokio le instaba a destruir lo que quedaba en puerto de los barcos rusos antes de que éstos se reunieran con la flota del Báltico, que acudía desde el otro confín de mundo, Nogi centró su atención en la Cota 203.

Ninguna posición japonesa ofrecía buena visión sobre el puerto o la ciudad, y el disparo de los cañones pesados no podía ser dirigido con precisión sobre barcos ni sobre otros blancos importantes. La mejor posición para asegurar un buen tiro a la artillería era la cima de esta Cota 203, que se encontraba 5 km al norte del puesto y formaba parte de un perímetro defensivo ruso. Al igual que Akasakayama, colina menos alta que seguía hacia el nordeste, estaba fortificada con trincheras reali-

Al amanecer del 6 de diciembre de 1904, la infantería japonesa desalojaba por fin a los diezmados y agotados rusos de la cima de la Cota 203. Ello proporcionó a los japoneses un puesto de observación que permitía a sus artilleros disparar con precisión sobre Port-Arthur y la flota anclada en el puerto.

Japón, que se había industrializado al final del siglo XIX, en seguida buscó la forma de extender su influencia política en el continente asiático, sobre todo en Corea y Manchuria. Esto le llevó directamente a un conflicto con Rusia, quien había englobado estas regiones en su esfera de influencia en el momento de la decadencia del Imperio chino. En 1904, Japón se sentía con fuerza para atreverse a la guerra con Rusia para apropiarse de estas regiones. La victoria en tierra firme dependía del dominio de los mares, lo que implicaba el control de Port Arthur. Éste era el único puerto ruso del Pacífico que no era bloqueado por los hielos en ningún momento del año y permitía el fondeo de la flota de Extremo Oriente.

Los riesgos que Japón se disponía a emprender eran grandes, pero el posible beneficio resultaba irresistible.



Los rusos levantaron fortificaciones semipermanentes sobre las dos cimas de la Cota 203 **(1)**, con tablones y planchas metálicas. Pero esto no era suficiente contra los proyectiles de los cañones japoneses del 11, conocidos como «trenes expresos» a causa del ruido que producían.

Una fortificación rusa en la cima de Akasaka-yama **(2)**. Desde allí, el fuego de ametralladora en enfilada resultó mortífero para los japoneses.

El terreno martirizado (3) justo bajo la cima de la Cota 203, señala el emplazamiento de las dos redes de trincheras, protegidas por alambres de espino, que recibieron 4.000 proyectiles de 225 kg.

Esta fotografía estereoscópica de la época muestra un grupo de corresponsales que observa los efectos del fuego de los obuses contra una línea de fortificaciones rusas dentro del perímetro defensivo de Port Arthur. La ciudad se encuentra en la depresión, a la derecha de la fotografía.

Los defensores rusos, agotados, **(7)** se repliegan ante un ataque lanzado al amanecer por la infantería japonesa **(8)**.

Cuando las trincheras de acceso llegaban hasta las líneas enemigas, los japoneses cavaban trincheras paralelas **(6)** para servir de trampolín a la infantería.

Bajo el fuego enemigo, los zapadores japoneses cavaron trincheras de acceso **(5)** sobre las escarpadas colinas de la Cota 203. Eran bastante profundas para permitir a la infantería avanzar al abrigo de la metralla.

El profundo lecho de un río seco **(4)** en el valle, protegió a los japoneses, que se reunieron al pie de la Cota 203.

zadas con parapetos, tablones y planchas metálicas, además de por dos líneas de trincheras protegidas por alambre de espino. Sin embargo, estas defensas eran insuficientes para defender una posición que los japoneses consideraban vital y clave en el complejo defensivo enemigo.

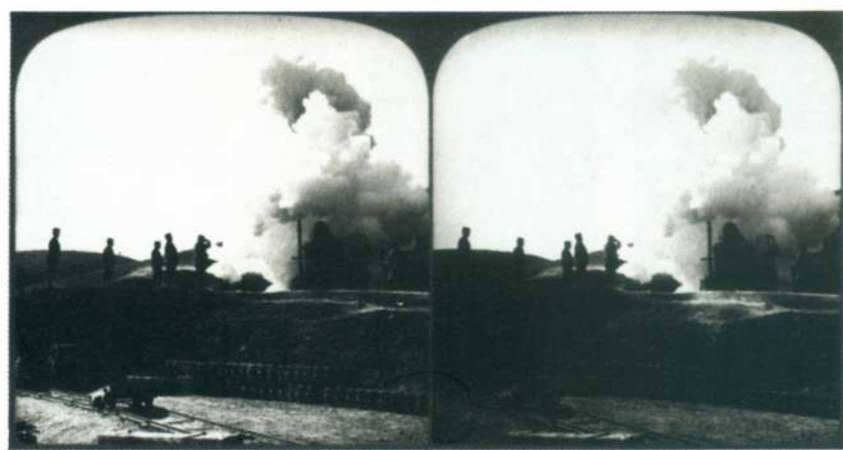
Para proteger la aproximación de la infantería, los zapadores de Nogi habían cavado trincheras de acceso que ascendían el flanco escarpado de la colina casi hasta las líneas rusas El ataque a la Cota 203 duró del 27 de noviembre al 6 de diciembre. En las pendientes altas se produjeron varios ataques y contrataques. Los japoneses comenzaron a lanzar parafina en los puntos fortificados rusos a la que prendían fuego; después su artillería pesada entró en acción y arrojó a las trincheras rusas 4.000 obuses de 280 mm. Pero los rusos no cedieron.

Varios ataques de diversión alrededor del perímetro defensivo impidieron la llegada de refuerzos. Los defensores de la Cota 203 comenzaron a debilitarse. Habían perdido 4.000 hombres y estaban al borde del agotamiento cuando tropas de refuerzo japonesas terminaron por desalojarlos de la cima, al amanecer del 6 de diciembre. La operación costó a Nogi unos 8.000 hombres, pero ahora contaba con el puesto de observación artillera del que tenía tanta necesidad. Sus cañones pesados comenzaron en seguida un bombardeo de tres días sobre Port Arthur, en el transcurso del cual se hundieron los barcos rusos y las fortificaciones salieron gravemente dañadas.

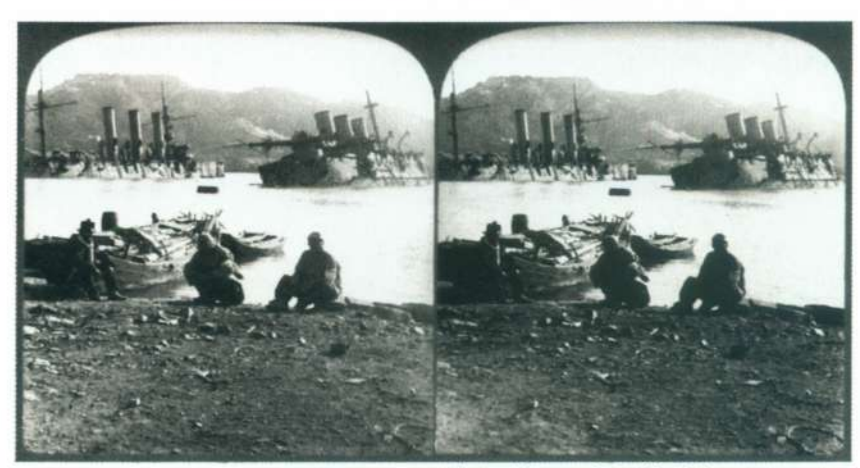
Por último, el 2 de enero de 1905, por razones de orden más humanitario que militar, Stoessel decidió capitular. La lucha había sido larga y sangrienta; se contaban alrededor de 30.000 muertos o heridos entre los defensores, y casi 60.000 entre los atacantes.

Port Arthur fue el primer conflicto moderno en el sentido de que, de no ser por una diferencia de 10 años, habría podido inscribirse perfectamente en la Primera Guerra Mundial tanto por tácticas como por material empleado. La técnica había sido decisiva, hasta el punto de que la potencia de fuego de las armas de tiro rápido y la artillería detuvieron todos y cada uno de los ataques frontales de infantería de los japoneses hasta que el comandante de éstos se decidió a cambiar de táctica. El ejemplo de esta batalla, y el de otras anteriores, debía haber servido para que semejantes errores no se repitieran en la Gran Guerra, pero hubo de producirse una auténtica masacre para que los reticentes, y no todos, comenzasen a pensar en la posibilidad de abandonar las tácticas que se venían empleando desde hacía siglos.

Por otro lado, Port Arthur fue una primera gran derrota de una potencia europea contemporánea frente a una que hasta entonces no contaba para nadie, Japón, de hombres que no eran de raza blanca y ni tan siquiera creyentes. Los europeos habían sufrido antes derrotas tácticas, pero nunca una derrota estratégica de tales características y a manos de una nación no europea o americana, y de ello tomaron buena nota muchos pueblos africanos y asiáticos.



Los japoneses bombardean Port Arthur con un obús de sitio del 11.



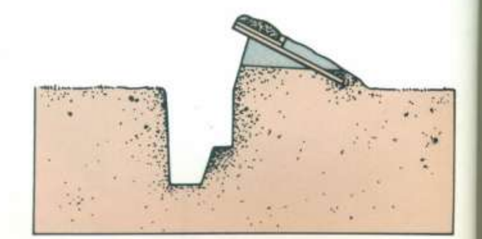
Buques rusos destruidos por la artillería japonesa.

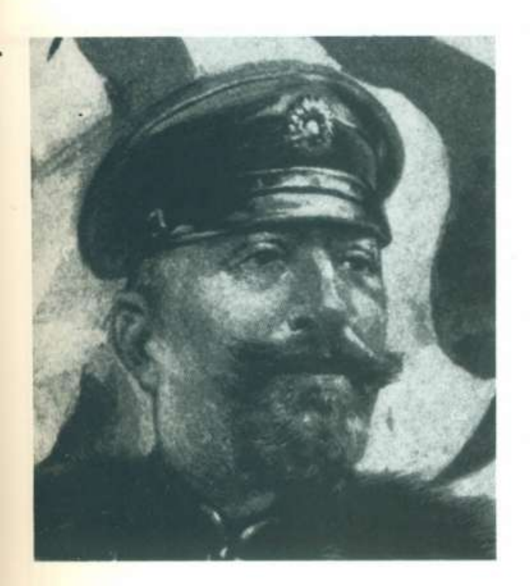


Una cocina de campaña japonesa.

En las pendientes empinadas y rocosas los rusos construyeron trincheras con toda clase de maderas, rematadas con piedras y tierra. Tenían dos metros de altura y estaban dotadas de troneras. Cuando el suelo era blando se abría una trinchera protegida por un parapeto.







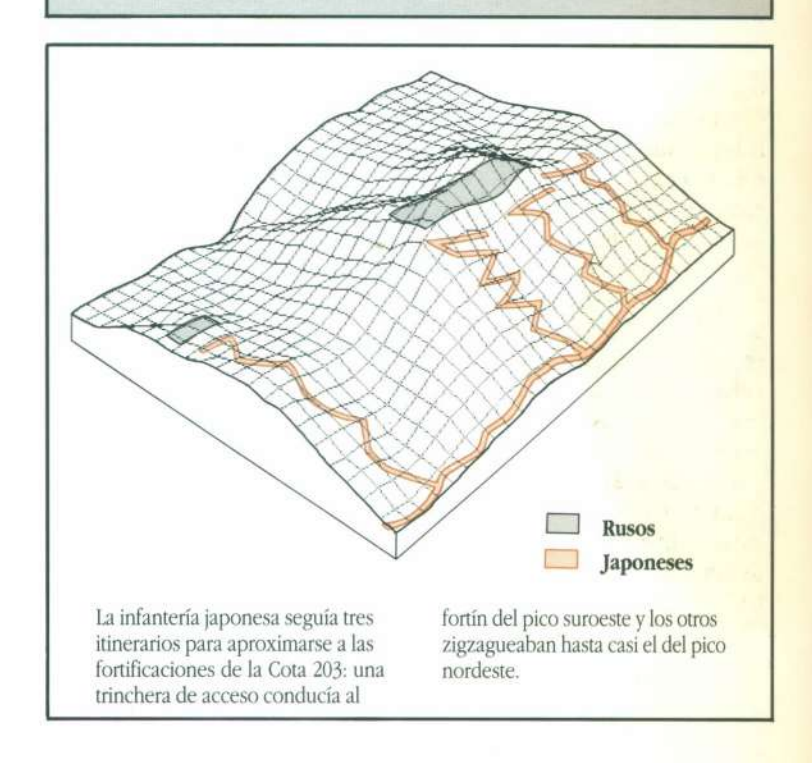
El general Stoessel (1848-1915), comandante de las fuerzas rusas en Port Arthur, no tuvo en cuenta los mensajes que le transmitían la orden de abandonar su puesto y regresar a la metrópoli. Después de su rendición, sufrió un consejo de guerra y se le condenó a muerte por capitulación injustificada. La sentencia se le conmutó por la de cadena perpetua. No obstante, se le excarceló pronto, aunque cayó en desgracia.

La caída de Port Arthur, junto a la victoria naval de los japoneses en Tsushima (mayo de 1905), obligó al gobierno del Zar a pedir la paz. Estados Unidos ofreció su mediación y el Tratado de Portsmouth, en Nueva Hampshire, confirmó a Japón en su papel de potencia dominante en Extremo Oriente. Rusia debió ceder Port Arthur y la mitad de la isla de Sajalin, además de evacuar Manchuria y permitir así la entrada de Corea en la esfera de influencia japonesa. Rusia, único país que habría podido impedir a Japón aprovechar los recursos de China, se encontró de este modo eliminada de Extremo Oriente.

En el transcurso de los 30 años siguientes, Japón intentó conquistar China y después, en 1941, atacó el poderío militar e industrial de Estados Unidos.

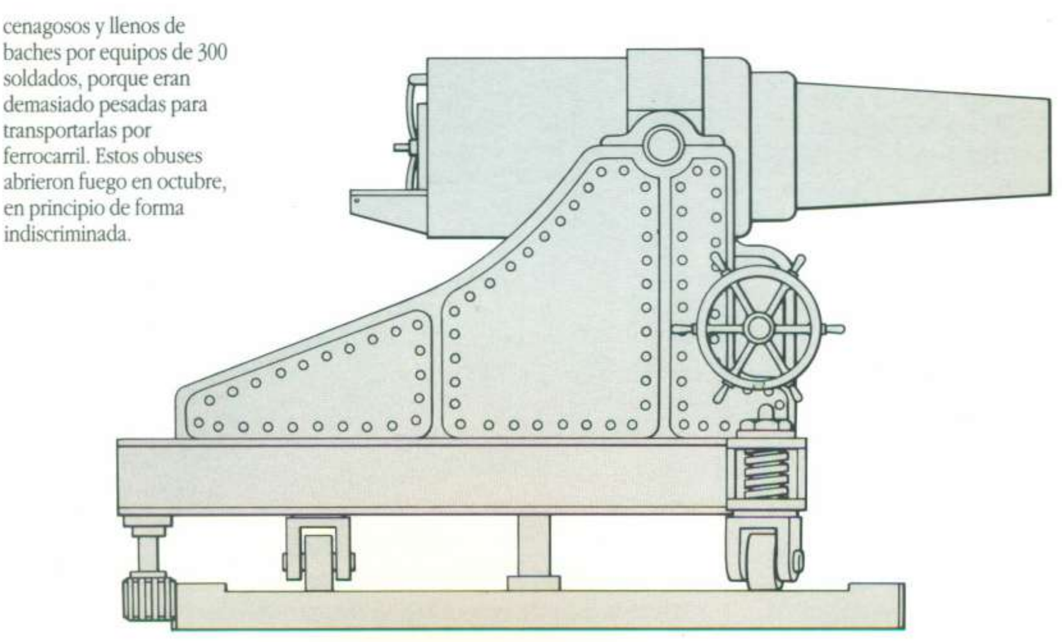


El general Maresuke Nogi (1849-1912) mandaba las fuerzas japonesas sitiadoras de Port Arthur. Sólo la intervención del Emperador impidió a Nogi hacerse el *hara-kiri* después de la muerte de su último hijo, que condujo el ataque de la Cota 203.



La infantería japonesa seguía tres itinerarios para aproximarse a las fortificaciones de la Cota 203: una trinchera de acceso conducía al fortín del pico suroeste y los otros zigzagueaban hasta casi el del pico nordeste.

La suerte de los defensores rusos de Port Arthur se decidió por la llegada, en septiembre de 1904, de las baterías de obuses de obuses de sitio del 11, que podían lanzar sus proyectiles de 225 kg a 8 km. Las piezas, que pesaban 23 toneladas, estaban instaladas sobre plataformas de hormigón. Dieciocho llegaron por mar desde Japón a Dalny, el puerto más próximo. Rápidamente fueron remolcadas por caminos cenagosos y llenos de baches por equipos de 300 soldados, porque eran demasiado pesadas para transportarlas por ferrocarril. Estos obuses abrieron fuego en octubre, en principio de forma indiscriminada.



Tannenberg/ *26-30 de agosto de 1914*

Cuando comenzó la Primera Guerra Mundial, los alemanes padecían una notable inferioridad numérica frente a los rusos en Prusia Oriental. La mayor parte de sus fuerzas se hallaban en Bélgica y Francia, mientras que el VIII Ejército del general von Prittwitz formaba una cortina larga y delgada por toda la provincia del Nordeste, lo que producía un débil saliente en territorio ruso. Los franceses, sometidos en su frente a una presión intensa, multiplicaban las llamadas a su aliado el zar para que montase una ofensiva que les aliviara.

Aunque su movilización era incompleta, los rusos aceptaron iniciar una ofensiva con dos ejércitos del Nordeste del general Tilinsky, aproximadamente unos 450.000 hombres. Rusia no carecía de efectivos pero, en cambio, no disponía de organización ni de una buena intendencia. Un impedimento para los movimientos de tropas y el aprovisionamiento era el ancho de vía de los ferrocarriles rusos, superior al europeo, favorable desde el punto de vista defensivo pero perjudicial para el ofensivo. A partir de la frontera, los transportes rusos en la Prusia Oriental se efectuaban por medio de carros tirados por caballos que circulaban con dificultad por carreteras secundarias.

Sin embargo, el general Rennenkampf, comandante ruso del sector, atacó el 17 de agosto. Su ejército debía formar el ala derecha de un movimiento de tenaza para penetrar en Prusia Oriental por el pasillo entre el mar Báltico y el norte de los lagos de Mazuria. El ala izquierda de la tenaza estaba formada por el II Ejército del general Samsonov, que atravesaría por el sur de los lagos. Desgraciadamente, Samsonov, reñido con Rennenkampf desde la guerra ruso-japonesa de 1905, no estaba dispuesto a tomar la ofensiva cuando el I Ejército inició su avance. El hecho resultaba típico de la carencia de organización que caracterizó su breve y desastrosa campaña. Después de una escaramuza en los puestos avanzados alemanes de Stalluponen el día en que Rennenkampf atravesaba la frontera, los rusos se encontraron el 20 de agosto en Gumbinnen, frente al ala izquierda del VIII Ejército de Prittwitz.

Prittwitz buscó una victoria decisiva sobre el I Ejército ruso con el fin de pasar acto seguido a la ofensiva, apoyado, sin duda alguna, por los refuerzos enviados del Frente Occidental, operación prevista por el plan Schlieffen. En Gumbinnen, sin embargo, el resultado de la batalla fue indeciso. Los alemanes se retiraron y se replegaron hacia el oeste. Curiosamente, Rennenkampf no les persiguió.

Cuando Samsonov conoció lo sucedido en Gumbinnen pensó que la defensa alemana había cedido y buscó invadir Prusia Oriental. A pesar de que sus tropas tenían aún más problemas de aprovisionamiento que las del I Ejército, el 21 de agosto atravesó la frontera.

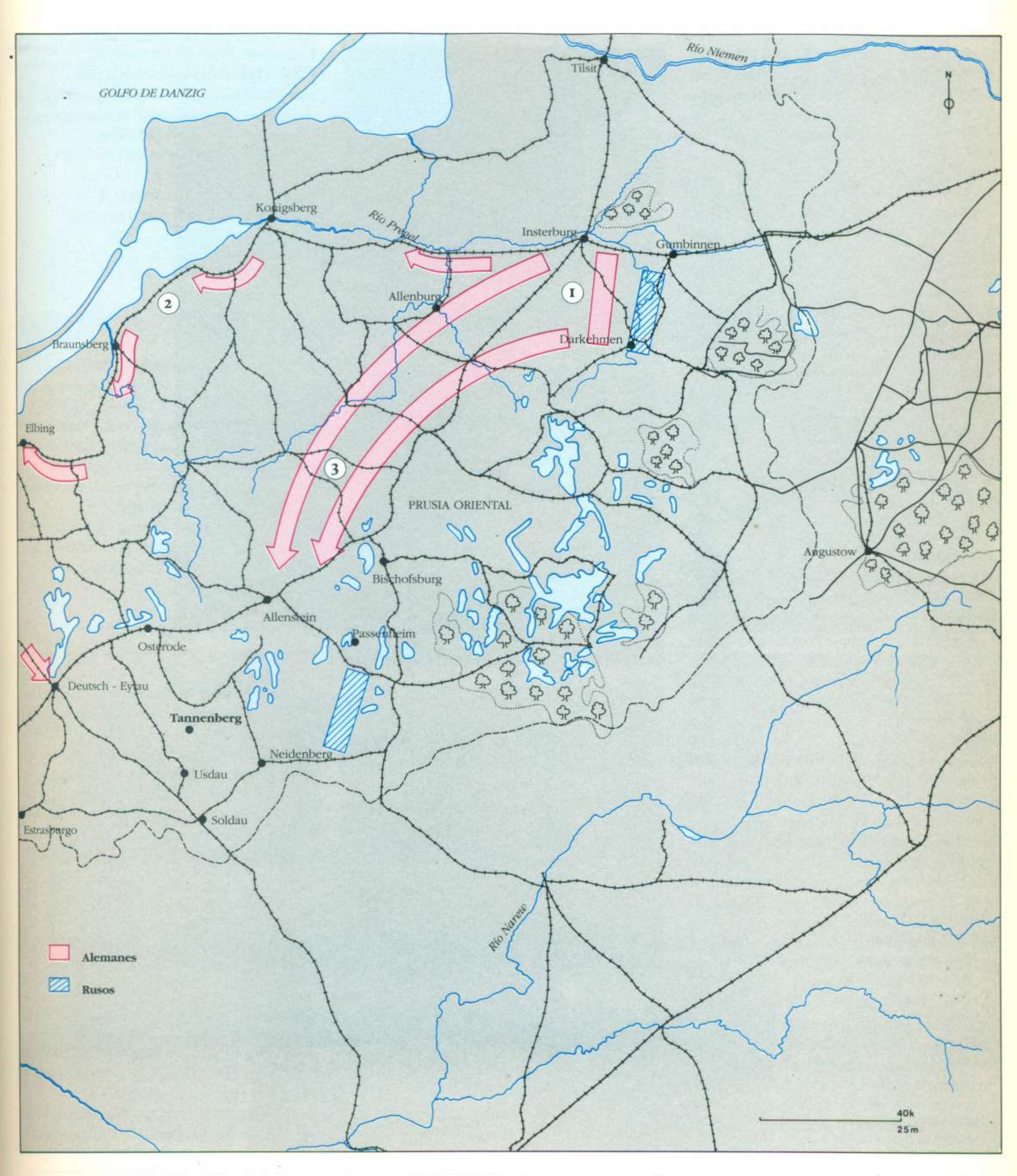
El avance de Samsonov a sur de los lagos de Mazuria sorprendió totalmente a Prittwitz. Frente a un ejército invencible y a otro que amenazaba su retaguardia



En 1914 la estrategia alemana se basaba en el plan Schlieffen, del nombre del mariscal que lo concibió y que prevenía que Alemania podría tener que combatir en dos frentes y que, en consecuencia, era preciso asestar un golpe decisivo en Francia y contener a los rusos hasta que se pudieran llevar refuerzos del oeste al este. Pero los rusos invadieron en masa Prusia Oriental antes incluso que estuviese completada la movilización, con lo que se colocó ante una dura prueba al VII Ejército alemán, encargado de cubrir la frontera oriental.

Obús alemán en acción en Tannenberg.

Pieza de campaña rusa en batería durante la batalla.



Después de dos escaramuzas, el 17 y el 20 de agosto de 1914, con el I Ejército ruso en el norte de Prusia Oriental, el mando del VIII Ejército alemán supo que el II Ejército ruso estaba a punto de invadir el sur. Se renunció a la decisión de replegarse, tomada bajo el efecto del pánico, cuando se dieron cuenta de que el I Ejército ruso no se movía. Tras dejar un mínimo de tropas en el norte **(1)** para vigilar al enemigo, los alemanes volvieron a desplegar con rapidez el grueso de sus fuerzas con el fin de reunirse con el 20.° Cuerpo, que se enfrentaba ya a la nueva amenaza rusa. El 1.er Cuerpo y la 3.ª División de la Reserva se transportaron por ferrocarril **(2)** desde el ala sur a la reciente posición para rodear Tannenberg. El 17.° Cuerpo y el 1.° de Reserva **(3)** marcharon a pie para ocupar una posición en el ala norte en el sector de Bischofsburg. El 26 de agosto la trampa alemana estaba lista.

derecha, perdió su sangre fría y ordenó al VIII Ejército replegarse al Vístula, a más de 300 km. al oeste. Esta orden, recibida con consternación por su estado mayor, tuvo consecuencias no sólo en Prusia Oriental, sino también para la continuación de las operaciones en Francia.

Nadie estaba más turbado que el teniente coronel alemán Hoffmann, oficial de estado mayor en el Cuartel General del VIII Ejército y especialista en las cuestiones relacionadas con el ejército ruso. Mensajes interceptados al enemigo le habían confirmado que las fuerzas de Rennenkampf eran incapaces de desplegarse con rapidez. También sabía que si Samsonov había adoptado una posición en apariencia ofensiva, su ejército carecía de víveres y de municiones, y al estar totalmente separado del I Ejército era vulnerable a un contraataque.

Hoffmann propuso al conde de Waldersee, jefe del estado mayor, que las tropas retenidas al norte, en lugar de permanecer inmóviles delante de Rennenkampf, debían atacar el flanco izquierdo de Samsonov. Prittwitz comprendió la astucia del plan y anuló su orden de retirada general. Pero era demasiado tarde para salvar su carrera: había advertido por teléfono al cuartel general en Coblenza de su intención de retirarse detrás del Vístula, pero omitió decir en seguida que había cambiado de opinión. Moltke, jefe del estado mayor general, no pudo soportar la idea de abandonar Prusia Oriental a los rusos después de sólo un amago de resistencia. Relevó a Prittwitz de su mando, así como a Waldersee, su jefe de estado mayor, cuya actuación no obstante, era irreprochable. Los sustituyó por dos hombres que llegarían a brillar con luz propia durante toda la guerra: Hindenburg y Ludendorff.

Hindenburg tenía 67 años. Veterano de la guerra de 1870, se le llamó al servicio para tomar el mando del VIII Ejército. A los 49 años, Ludendorff, que se había distinguido ya en la marcha sobre Bélgica, fue nombrado jefe del estado mayor de Hindenburg. Recibió el encargo el 22 de agosto, abandonó inmediatamente el Frente Occidental y el *Kaiser* le recibió en su Cuartel General. Luego, después de una entrevista con Moltke, partió para el este a bordo de un tren especial que se detuvo en Hannover para que subiera Hindenburg. Éste fue el primer encuentro entre los dos hombres.

A su llegada al frente, los dos jefes aceptaron la proposición de Hoffman, que, por otra parte, correspondía a su apreciación de la situación. Como Rennenkampf permanecía inmóvil y a la expectativa, y consciente de que el avance de Samsonov había abierto una brecha entre su flanco derecho y los lagos de Mazuria, Ludendorff vio una ocasión de cercar al II Ejército ruso. Con la aprobación de Hindenburg, redujo el ala izquierda del VIII Ejército con el fin de disponer de suficientes efectivos para atacar a Samsonov, que avanzaba en la creencia de que los alemanes se retiraban.

El 24 de agosto, Ludendorff anunció la peligrosa operación consistente en retirar dos cuerpos de ejército frente a Rennenkampf, que comenzaba por fin



El mariscal Paul von Hindenburg (1847-1934) era un veterano de la guerra austroprusiana de 1866 y de la francoprusiana de 1870. Aunque conduciría al ejército alemán a la derrota final, la guerra le valió una prestigiosa reputación, y en 1925 se le eligió presidente de la República. En 1933 sus facultades estaban en decadencia, se dejó influir y nombró a Hitler para la cancillería.



El general Erich Ludendorff (1865-1936), jefe de estado mayor de Hindenburg, hizo mucho en pro de la victoria de Tannenberg. En 1916, cuando Hindenburg fue nombrado comandante en jefe, la influencia de Ludendorff aumentó de forma considerable e intervino en los asuntos tanto civiles como militares. Después de la guerra se hizo defensor de los principios de la superioridad de la raza aria y apoyó a Hitler en su fallido golpe de 1920. Diputado nacionalsocialista en el *Reichstag* en 1924, acabó peleado con Hitler.



El general Alejandro Samsonov (1859-1914), veterano de la guerra de 1877 contra Turquía, general a los 43 años, comandante de una división de caballería en la guerra rusojaponesa, fue nombrado en 1909 gobernador del Turquestán. Por lo general era apreciado por sus hombres y sus oficiales, pero sus talentos militares comenzaban a flaquear en la batalla de Tannenberg. Abatido ante el resultado catastrófico de la batalla, se suicidó.



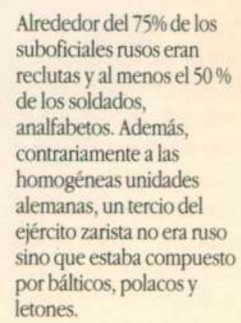
El general Pavel Rennenkampf (1845-1918) era conocido por su entusiasmo y su energía. Pero se encontraba reñido con Samsonov (habían llegado incluso a las manos en el andén de la estación de Mukden) y apenas se dirigían la palabra. Contrariamente a la de Hindenburg y Ludendorff, su cooperación era inexistente. Rennenkampf perdió en 1915 su sangre fría y abandonó a su ejército. Cesado de sus funciones y caído en desgracia, tres años más tarde fue ejecutado por los bolcheviques.

Grupo de oficiales rusos fotografiados en 1914 con la propietaria de la casa donde se encontraban alojados.





Los cosacos, elite del ejército ruso, estaban por lo general bien equipados. Pero en su conjunto y salvo en lo concerniente a efectivos humanos, los rusos estaban en desventaja respecto de los alemanes, quienes contaban con diez veces más artillería pesada, un sistema de transporte más eficaz y equipos de transmisiones infinitamente superiores.



Alrededor del 75% de los suboficiales rusos eran reclutas y al menos el 50 % de los soldados, analfabetos. Además, contrariamente a las homogéneas unidades alemanas, un tercio del ejército zarista no era ruso sino que estaba compuesto por bálticos, polacos y letones.

Tannenberg/3

a moverse. Se enviaron importantes efectivos al sur por ferrocarril y el resto abandonó el sector a pie entre el calor y el polvo. Sólo permanecían en el lugar dos brigadas de caballería. Los alemanes preveían dos fuertes ataques el 26 sobre los flancos de Samsonov, con la finalidad de forzarlos a retroceder y dejar los tres cuerpos de su centro expuestos a un doble flanqueo. Algunos oficiales de Samsonov intuyeron la trampa y desaconsejaron un avance demasiado evidente sobre el centro, que parecía débil. Cuando el general propuso, por esta razón, al cuartel general del Grupo de Ejércitos aminorar su avance, Jilinsky le acusó de cobardía e insistió para que perseverara en su «persecución».

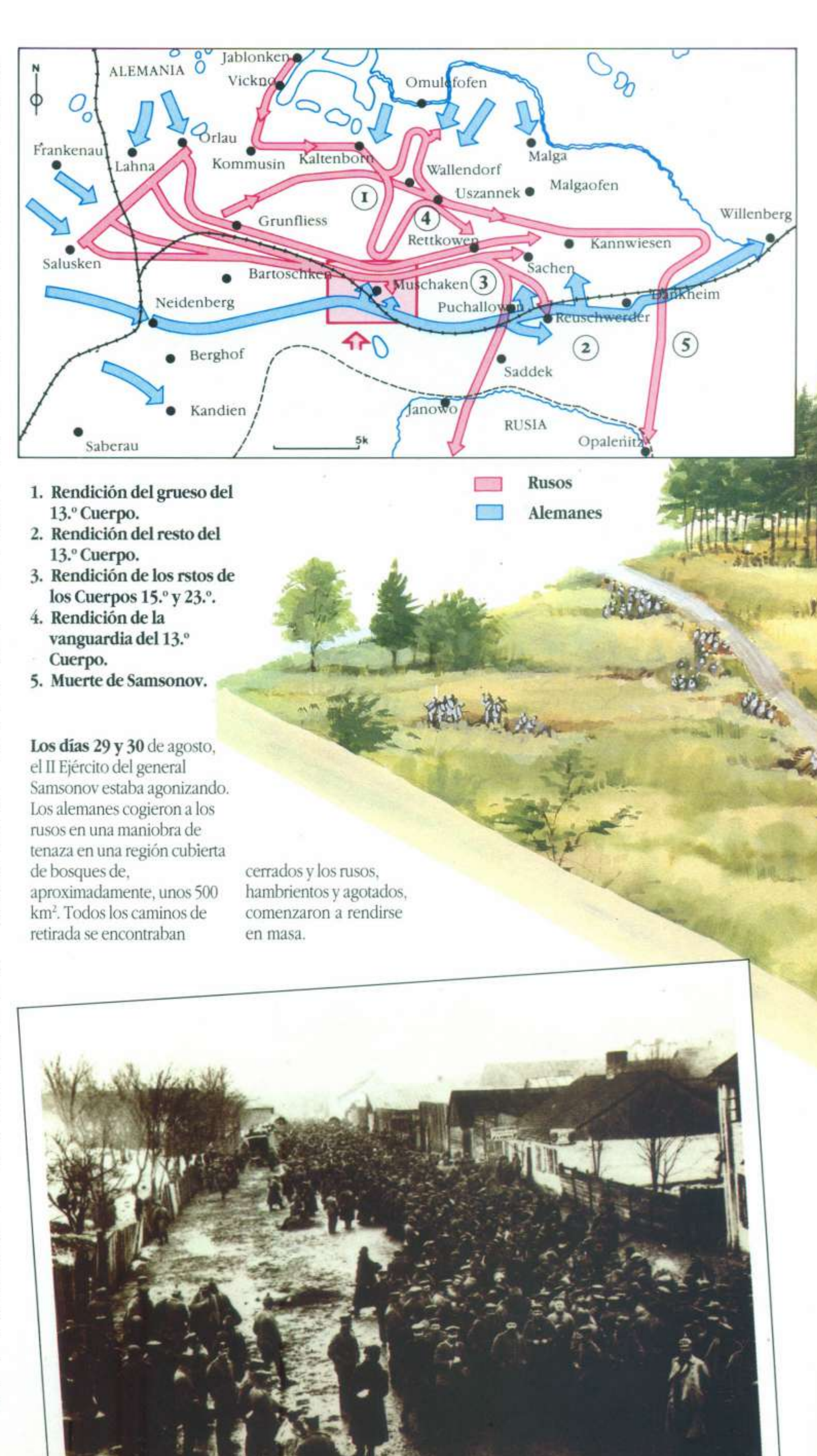
A pesar de la fatiga y el hambre, los infantes se batieron valerosamente. Samsonov, cuyas comunicaciones nunca habían sido buenas, ejercía un control insuficiente de sus regimientos al finalizar la batalla. A pesar de algunos éxitos parciales, que por un momento inquietaron a Ludendorff, Samsonov dejó que su centro se desplazara en dirección nordeste y penetrase en un terreno muy accidentado, en una bolsa que el VIII Ejército estaba dispuesto a cerrar.

El 28 de agosto los alemanes cerraron, efectivamente, la trampa. Los elementos de las alas habían sido separados del cuerpo principal de Samsonov y, al tiempo que se lanzaba un potente ataque sobre el centro, elementos del VIII Ejército volvían a Passenheim, al norte, y Neidenberg, al sur, para reunirse sobre las retaguardias rusas.

Abandonado por Jilinsky y Rennenkampf, que no respondieron a sus acuciantes llamadas de socorro, el agotado II Ejército ruso no se encontraba en situación de liberarse. Sólo le quedaba rendirse. Incapaz de soportar la idea de perder su mando, el 29 de agosto Samsonov se internó en un bosque y se pegó un tiro en la cabeza.

Hindenburg bautizó el 30 de agosto como «el día de la cosecha» porque desde este día los rusos se rindieron por miles. En su primer informe al *Kaiser*, estimó que el número de prisioneros era de 60.000 y añadió que los supervivientes de las unidades que formaban las alas se habían dado a la fuga. De hecho, las cifras eran bastante más elevadas: 90.000 prisioneros, 30.000 muertos o heridos y 500 cañones capturados. El VIII Ejército perdió entre 10.000 y 15.000 hombres.

De un día a otro Hindenburg y Ludendorff se convirtieron en héroes, y ambos dominaron la guerra en el este a lo largo aún de dos años, y después se les envió al frente francés. Pero no volvieron a disfrutar nunca más de una victoria tan rotunda como la de Tannenberg, así bautizada por Ludendorff por razones de orden más histórico que militar: fue en Tannenberg donde en 1410 los caballeros teutones fueron derrotados por polacos y lituanos, y Ludendorff quiso así borrar esta antigua afrenta.



1. **Rendición del grueso del 13.° Cuerpo.**
2. **Rendición del resto del 13.° Cuerpo.**
3. **Rendición de los rstos de los Cuerpos 15.° y 23.°.**
4. **Rendición de la vanguardia del 13.° Cuerpo.**
5. **Muerte de Samsonov.**

Los días 29 y 30 de agosto, el II Ejército del general Samsonov estaba agonizando. Los alemanes cogieron a los rusos en una maniobra de tenaza en una región cubierta de bosques de, aproximadamente, unos 500 km². Todos los caminos de retirada se encontraban cerrados y los rusos, hambrientos y agotados, comenzaron a rendirse en masa.

Dos mil rusos fueron capturados al día siguiente de la batalla.

Abatidos, los rusos salen de los bosques para rendirse. Escenas como la que se produjo en Muschaken se repitieron en varias ocasiones hasta el 30 de agosto.

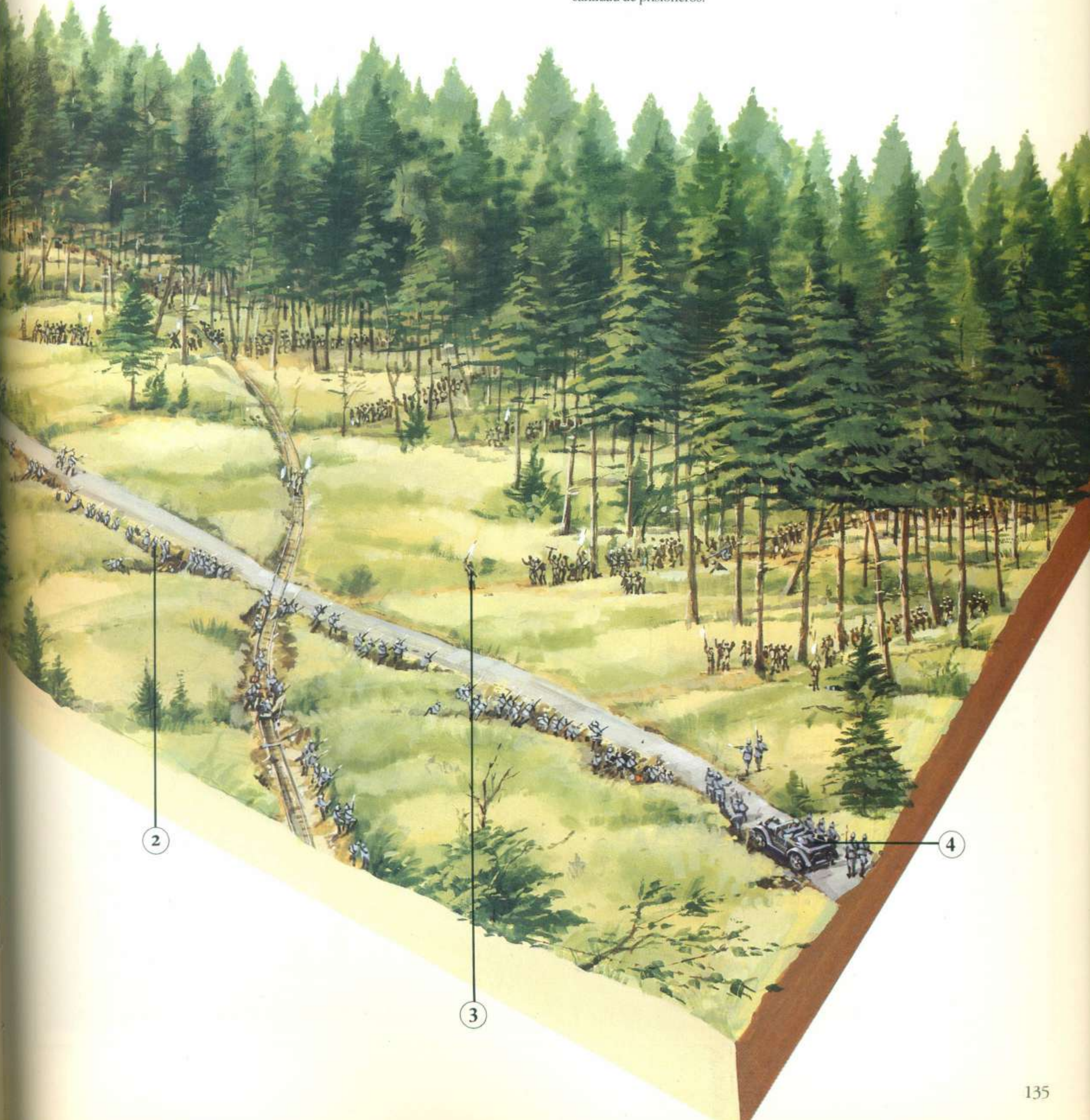
En esta sección de la carretera Neidenberg-Willenberg, cerca de Muschaken **(1)**, dos batallones alemanes de infantería **(2)** vigilaban todos los senderos que salían del bosque.

Agitando todo lo blanco que encontraban, columnas de agotados soldados rusos **(3)** capitulaban en masa.

La logística había sido desastrosa y los soldados rusos estaban hambrientos. La mayor parte no comía desde hacía días, pero aún no estaban al final de sus facultades, pues fue preciso esperar al 3 de septiembre para que los alemanes organizaran el aprovisionamiento de tal cantidad de prisioneros.

Disparos esporádicos de fusil y de ametralladora acogieron a los primeros rusos que aparecieron entre los árboles, pero ofrecieron poca resistencia.

Representantes del Estado Mayor alemán **(4)** se trasladaron al lugar para recibir oficialmente la rendición rusa en ese sector del frente.



Más al sur, en el otro extremo del vasto saliente en que la Polonia rusa se extendía hacia el oeste entre Prusia Oriental y Austria, Conrad von Hötzendorf, el jefe del Estado Mayor austríaco, también había pasado al ataque, desde Galitzia, al oeste, hacia Lublin, con la intención de cortar las comunicaciones rusas. Sus fuerzas cubrían un frente de 280 km. En Krasnik, del 23 al 26 de agosto, y en Komarow, el día 26, los austríacos consiguieron dos victorias importantes. Así, mientras agosto se extinguía en mitad del rugido de los cañones, los ejércitos aliados se veían presionados en ambos frentes. La guerra avanzaba hacia su clímax.

Derrotas como la de Tannenberg y posteriores, agravadas por las inclemencias meteorológicas, sumieron al ejército ruso en una situación desesperada. Mal equipados para una guerra de tal envergadura, que se convirtió en un conflicto de desgaste al que Rusia sólo podía aportar potencial humano, los ejércitos del zar estuvieron cada vez en peores condiciones de continuar. Sus generales se empeñaron en montar nuevas ofensivas que, al acabar en derrotas, indujeron a la rebelión de las tropas. A ello se sumó el malestar y al clima prerrevolucionario que se vivía en la retaguardia, y el resultado fue el bien sabido de la Revolución rusa y la posterior salida de Rusia de la guerra en 1917 mediante la firma del tratado de Brest-Litovsk. Puede decirse que el precedente de Tannenberg y la mala conducción de la guerra por parte de los generales rusos iba a cambiar la faz del mundo contemporáneo.





Movimiento de tropas (arriba). Su disciplina y coherencia contrastaban con el caos que reinaba en las unidades rusas (derecha).



Con sus ametralladoras a cuestas, los rusos marchan hacia el cautiverio (izquierda). Después del Tratado de Brest-Litovsk que siguió a la revolución bolchevique, millares de prisioneros fueron repatriados. Como los bolcheviques temían la presencia de un tan numeroso grupo de soldados adiestrados, ejecutaron sumariamente a bastante de ellos bajo la acusación de haber dado muestras de cobardía en Tannenberg.



Caballería rusa.

La paralización del frente francés a raíz de la retirada de fuerzas alemanas, después de las batallas del Marne, Aisne e Ipres, presentaba un grave problema a Alemania. La ambigua estrategia del plan Schlieffen había fracasado en la región donde debería haber resultado mejor. Por el contrario, en Tannenberg se obtuvo una victoria muy clara, incluso sin que fuese sobre lugares que Schlieffen juzgó, de hecho, como secundarios. La notoria incompetencia del comandante ruso y las lagunas de su organización convencieron a Ludendorff que se encontraba ante una fácil victoria en el este. Pensaba realizar una guerra de movimientos, a diferencia de la de posiciones del frente occidental. Se ejerció una fuerte presión sobre el *Kaiser* en favor del traslado en masa de hombres y material al frente oriental para desembarazarse de Rusia mientras se permanecía a la defensiva en el oeste, es decir, todo lo contrario del plan Schlieffen. Pero el jefe del estado mayor general se opuso a este principio y llegó a un compromiso: se lanzarían ofensivas sobre los dos frentes, pero más limitadas en Francia. En consecuencia, Alemania conservaba bastantes hombres en el oeste para ocupar Polonia y avanzar sobre Rusia con su aliado austro-húngaro, para asegurarse una victoria total. Las hostilidades en el frente oriental no continuaron hasta que Rusia se vio sumida en la revolución de 1917 y el gobierno bolchevique pidió inmediatamente la paz.

Bahía de Suvla/ *6 de agosto de 1915-9 de enero de 1916*

La expedición de Gallípoli fue una de las mejores ideas de la Primera Guerra Mundial, pero los jefes elegidos para conducirla eran demasiado viejos, o carecían de experiencia, y a veces padecían ambas cosas a la vez. Fue su ignorancia, su mala dirección y su testarudez lo que provocó el fracaso de la expedición. El precio que debió pagarse, tanto en ocasiones perdidas como en sufrimientos y en vidas humanas fue terrible.

El objetivo de la operación era sacar al frente francés del estancamiento de la guerra de trincheras, a la par que destruía el poderío militar de Turquía y se empujaba a una fracción del ejército alemán hacia el este. En noviembre de 1914 la región aún contaba con una mala defensa y la *Royal Navys* habría podido acercarse totalmente en solitario, atravesar los estrechos y llegar hasta Constantinopla. Pero los buques británicos se limitaban a bombardear las baterías costeras de la entrada de los estrechos para someterlos a prueba. No consiguieron más que poner a los turcos y sus jefes alemanes en guardia y prepararles ante eventuales ataques posteriores en el sector.

Tres meses más tarde, en febrero de 1915, la *Royal Navy* reaparecía ante los Dardanelos y encontraba las defensas muy mejoradas: campos de minas, baterías bien situadas y proyectores que iluminaban la oscuridad de la noche.

Decididas a intentar una prueba de fuerza, Gran Bretaña y Francia reunieron una enorme flota que comprendía 18 acorazados para forzar el paso hacia Constantinopla. Los barcos aliados se arriesgaron muy cerca de las baterías costeras. Resultado: tres hundidos y otros tantos dañados. Se hizo preciso renunciar. Lo que los Aliados ignoraban es que los turcos casi habían agotado sus municiones y que la flota habría podido alcanzar la capital sin dificultad. Los jefes, sin embargo, pretendieron que no podrían superar los Dardanelos sin que el ejército aliado tomara primero la península de Gallípoli.

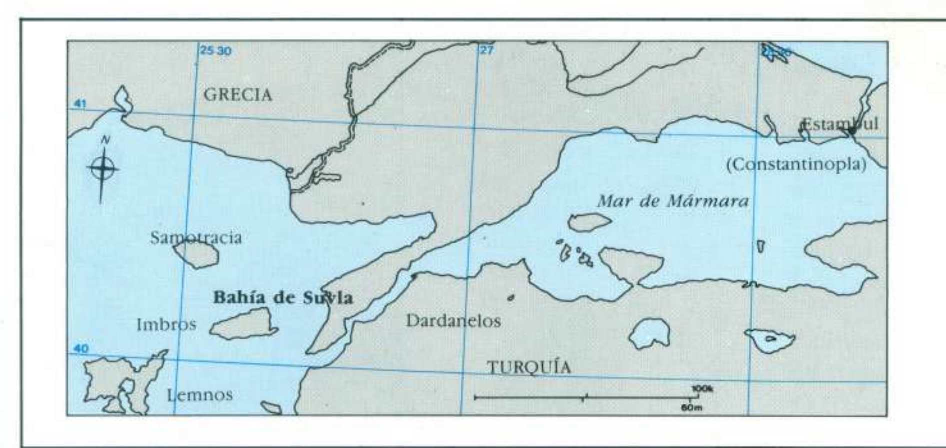
El ministro británico de la Guerra, lord Kitchener, consideraba este desembarco como el pago de una deuda a Rusia, que había socorrido el frente occidental al atacar en 1914 cuando su movilización era aún incompleta. Kitchener colocó 70.000 hombres bajo las órdenes de un general de 62 años, sir Ian Hamilton.

Decir que la expedición estaba mal preparada es un eufemismo. Kitchener subestimaba en este punto al ejército turco, ya que no hizo ningún esfuerzo serio para estudiar sus métodos, sus estructuras, su



En la primavera de 1915, los Aliados decidieron reexaminar su estrategia. En el oeste las pérdidas habían sido terribles y se avanzó muy poco. En el este, Rusia se enfrentaba a la vez a Alemania, Austria-Hungría y Turquía. ¿Qué hacer para salir del estancamiento? Para el gobierno y los jefes militares franceses, y puesto que Alemania era el enemigo principal, sólo en el frente occidental se conseguiría la victoria. Pero otros muchos, entre ellos Kitchener, pensaban que las cosas se arreglarían de forma más rápida y con menos pérdidas si se atacaba en el este. Tenía mucho que ganar y no había duda en cuanto al teatro de operaciones a elegir: los Dardanelos. En caso de éxito se cortarían las comunicaciones entre Alemania y Turquía. Además, Egipto dejaría de ser vulnerable y Rusia ganaría un paso libre de hielos por el que podría recibir material de los Aliados occidentales. Más aún, Alemania se vería obligada a sacar tropas del frente occidental para ir en ayuda de Turquía, lo que daría a los Aliados una superioridad numérica y una ocasión de salir del callejón sin salida que les costaba tan caro en vidas humanas.

Era un plan estratégico inteligente, pero el éxito dependía de una preparación eficaz y un ataque violento. Pero no se cumplió ninguna de estas dos condiciones y se llegó a crear un frente de guerra de trincheras.



Si se las hubiese desplegado de manera ofensiva, las fuerzas aliadas situadas al sudoeste y al sur de la península de Gallípoli hubieran podido amenazar Constantinopla. Esto podría haber tenido graves consecuencias, pero después de la derrota de la bahía de Suvla la única salida era la evacuación.

Las posiciones hacia las 5 de la tarde del 21 de agosto. El humo de los incendios producidos en las malezas por los obuses al norte de la colina del Chocolate caía sobre el campo de batalla. La artillería turca disponía de una posición excelente, con unas piezas en las colinas delanteras, otras en la otra vertiente de la cota «W». El fuego se concentró sobre la 2.ª División *Yeomen* en el momento en que atravesaba el lago Salado.

La colina de la Cimitarra (1) estaba defendida por la infantería turca, que ocupaba trincheras profundas y con frecuencia cubiertas. Tiradores seleccionados se colocaban avanzados. Los turcos se desplegaban de manera semejante por la colina del Chocolate **(2)** y por el sur de la cota «W» **(3)**.

La 11.ª División atacó la colina del Chocolate y la cota «W». Al igual que en la colina de la Cimitarra, el avance fue mínimo y las pérdidas elevadas.

El eje de avance de la 2.ª División *Yeomen* atravesaba la parte desecada del lago Salado **(4)** y presentaba compañías en línea, otras en columna, a paso de carga. Se encontraron bajo el fuego directo e indirecto de las baterías turcas, que utilizaban munición *shrapnel*.

Lala Baba (5), punto de concentración de la 2.ª División *Yeomen*, estaba cortado por barrancos que ofrecían protección contra el fuego enemigo. Los *Yeomen* persistieron en cruzar el lago Salado sin ninguna protección y sufrieron sus primeras y pérdidas graves.

El ejército del general Stopford desembarcó en la bahía de Suvla en la noche del 6 de agosto. Se descargó el material desordenadamente y los soldados permanecieron en la orilla en lugar de avanzar en seguida para apoderarse de las elevaciones. También se mandó desembarcar a las tropas de reserva, lo que añadió más confusión.

Tres brigadas de la 29.ª División atacaron la colina de la Cimitarra y sufrieron un gran descalabro.

Bahía de Suvla/2

fuerza y su dispositivo. Más aún, los mapas de la península, tomados a veces de guías turísticas, eran anticuados y a menudo inexactos.

Fue en estas condiciones que el 25 de abril de 1915, antes del amanecer, comenzaron las operaciones de desembarco, la mayoría de las cuales consistieron en acciones de diversión destinadas a cubrir las dos acciones principales: la del cuerpo australiano y neozendés, al sudoeste de la península, y la de la 29.ª División, al sur.

El comandante alemán de las fuerzas turcas en Gallípoli, el general Liman von Sanders, esperaba el desembarco y tenía a su disposición 84.000 hombres. Pero, por suerte más que por elección, el grueso del ejército de Hamilton, que comprendía un elevado contingente francés, desembarcó en puntos mal defendidos. Sólo en dos playas sus hombres encontraron fuerte oposición, pero casi en seguida la confusión y la pérdida de cohesión de los Aliados propiciaron la ventaja del enemigo. Incluso cuando el camino se encontraba libre para ir a ocupar rápidamente las colinas, se era reticente a hacer otra cosa que asegurar una sólida cabeza de playa.

Oficiales británicos entraron sin obstáculo en la ciudad de Krithia y escalaron las colinas de Achi Baba, con alturas de 250 m; mientras esperaban nuevas instrucciones se perdió un tiempo precioso que los turcos aprovecharon para consolidar sus posiciones.

Lo que debía ser una acción rápida y decisiva para apoderarse de la península degeneró en una terrible guerra de trincheras comparable a la del frente occidental.

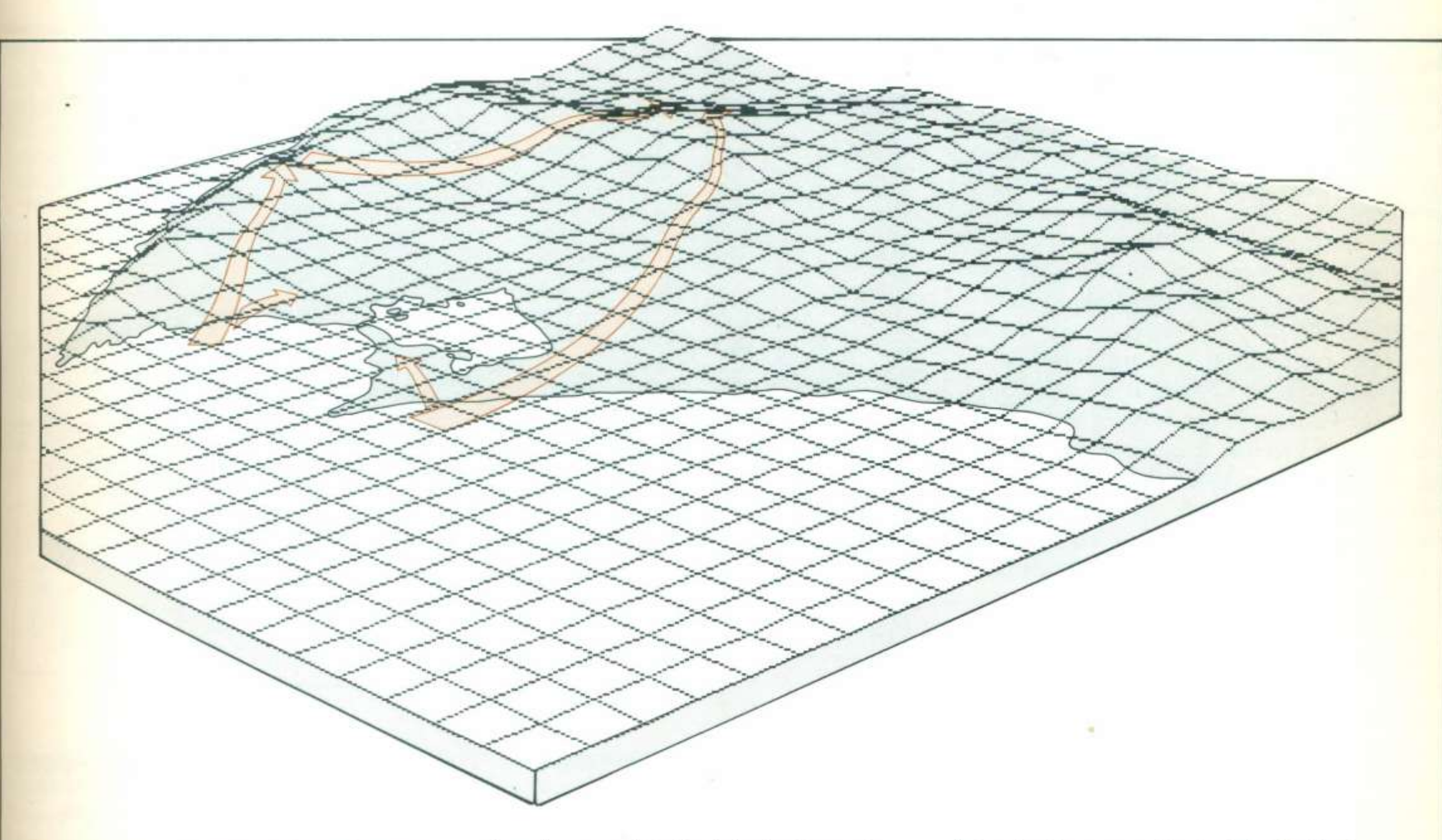
El número de heridos aumentaba en las playas tórridas e infectadas de moscas, y la escasez de medios sanitarios se hacía notar. Como no se habían previsto suficientes barcos hospital para evacuar las bajas más graves, hubo que utilizar los barcos que servían para el transporte de animales, incluso sin desinfectar las cubiertas y con un personal médico formado, en algún caso, por veterinarios.

A lo largo de tres meses los australianos y neozelandeses defendieron con encarnizamiento su modesta cabeza de playa de Gallípoli, 1,5 km² de colina escarpada, abarrancada y cubierta de maleza. Más al sur, la 29.ª División, la División de la *Royal Navy* y los franceses se lanzaron en repetidas ocasiones al asalto de las colinas. Después del fracaso de la tercera tentativa de tomar Achi Baba, Hamilton debió reconocer en un informe dirigido a Kitchener que los ataques frontales en masa eran «una locura». Había tardado bastante en comprender.

Hamilton intentó entonces romper desde la cabeza de playa de los australianos y neozelandeses. Un cuerpo de refresco desembarcaría en la bahía de Suvla, al norte, para cubrir su izquierda, que debía volverse contra los turcos y apoderarse de las elevaciones de Sari Bair. Una vez que el cuerpo desembarcado en Suvla hubiera tomado las colinas y se hubiera reunido con australianos y neozelandeses en Sari Bair, Hamil-



Sir Ian Hamilton, sentado a la izquierda (abajo) fotografiado con el vicealmirante Robeck, jefe de la escuadra británica, en compañía de los jefes franceses. Kitchener había dicho a Hamilton: «Si tomas Constantinopla, seguramente no habremos ganado sólo una batalla, sino la guerra». Sin embargo, Hamilton, en lugar de dirigirse personalmente a Gallípoli, se quedó en su cuartel general, en una isla. El general alemán Liman von Sanders (en pie, (arriba) era un jefe decidido cuyas órdenes, a menudo difíciles pero llevadas a cabo sin demora, impidieron el avance aliado en la península.



Durante tres meses después del desembarco en la península de Gallípoli, los turcos tuvieron en jaque a las fuerzas aliadas. Hamilton decidió salir del callejón. Un nuevo cuerpo debía desembarcar en la bahía de Suvla, al norte de los australianos y neozelandeses, y las dos fuerzas avanzarían para reunirse en las colinas de Sari Bair, después de que Hamilton estuviera bien situado para marchar hacia los Dardanelos y aislar la península. La idea, en teoría, era muy buena.



Los australianos y neozelandeses improvisaron maneras de disparar sin exponerse al enemigo. Un fusil Lee-Enfield, con el gatillo unido a un cable, se fijaba a un periscopio. Detrás del tirador, otro soldado observaba las posiciones turcas con la ayuda de unos binoculares de trinchera.



El general sir Ian Hamilton inspecciona las tropas en el campamento de Kephalos, en la isla de Imbros. A pesar del calor, las moscas y el polvo, ceremonias como ésta eran corrientes durante las fases preparatorias de la campaña. En pocos días, estos soldados de vistoso uniforme iban a conocer la vida precaria y agotadora del frente.

ton estaría en situación de cortar la península en dos en un lugar en que ésta no tenía más que 13 km de anchura. El plan era muy viable, pero estuvo condenado al fracaso desde el instante en que su ejecución se confió al general sir Frederick Stopford. Este hombre, viejo y llamado del retiro, tenía mala salud, nunca había conducido hombres en combate e ignoraba todo de Gallípoli. Únicamente en razón de su antigüedad es por lo que se le eligió para mandar los 22 batallones del 9.° Cuerpo.

El cuidado que Hamilton puso en guardar el secreto sobre sus intenciones atestigua la importancia que otorgaba al proyecto. Los soldados incluso no tenían derecho a plantear preguntas relativas a su destino, y quince días antes del desembarco el mismo Stopford no sabía a dónde iba. La noche anterior al ataque, del 6 al 7 de agosto, a bordo de los buques de desembarco, algunos oficiales ignoraban aún sus objetivos y carecían de planos.

Desde el principio cundieron la indecisión y la confusión. Las unidades desembarcaban en lugares distintos a los previstos, la tropa se atropellaba en la oscuridad en pleno caos y se amontonaba el material en un completo desorden.

En lugar de desplegar en seguida toda la fuerza para ocupar las alturas que rodeaban Suvla y apoyar el ataque de australianos y neozelandeses, el 9.° Cuerpo permaneció prácticamente inerme en la bahía. Los australianos y neozelandeses, cansados tras días de combate, veían a los refuerzos en Suvla y se preguntaban por qué no avanzaban.

Stopford estaba tan absorbido por la tarea de llevar a tierra todas sus fuerzas que perdió de vista el fin del desembarco en sí. Entretanto, el comandante alemán que había organizado a toda prisa la defensa de Suvla con 1.500 turcos, no creía la suerte que tenía. Cuando anunció el desembarco a von Sanders, subrayó la indolencia del adversario, tan superior a él. En espera de la llegada de refuerzos, sus francotiradores comenzaron a abatir británicos, hasta el punto de causar verdaderos estragos. Y el enemigo no reaccionaba.

En el cuartel general turco, von Sanders hizo gala de la decisión de que carecían sus oponentes: de improviso relegó del mando a un general de división que pretendía que no podía llevar refuerzos a las laderas de Suvla antes del 9 de agosto porque sus hombres estaban demasiado fatigados. Le sustituyó el coronel Mustafá Kemal, un turco duro e inflexible que inmediatamente ordenó a su agotada infantería avanzar para llenar la brecha.

El 8 de agosto, en respuesta a un optimista mensaje de Stopford en el que pretendía que se conseguían avances notables, Hamilton envió un ayudante de campo a que le diera parte de la situación personalmente. El comandante en jefe vio sus peores temores confirmados por el informe del oficial:

«Vuelvo de la costa. Todo en calma. No se oyen disparos de la infantería ni de la artillería. Casi ni rastro de los turcos. El 9.° Cuerpo descansa. Perdidas algunas ocasiones excelentes. Juzgo la situación grave.»

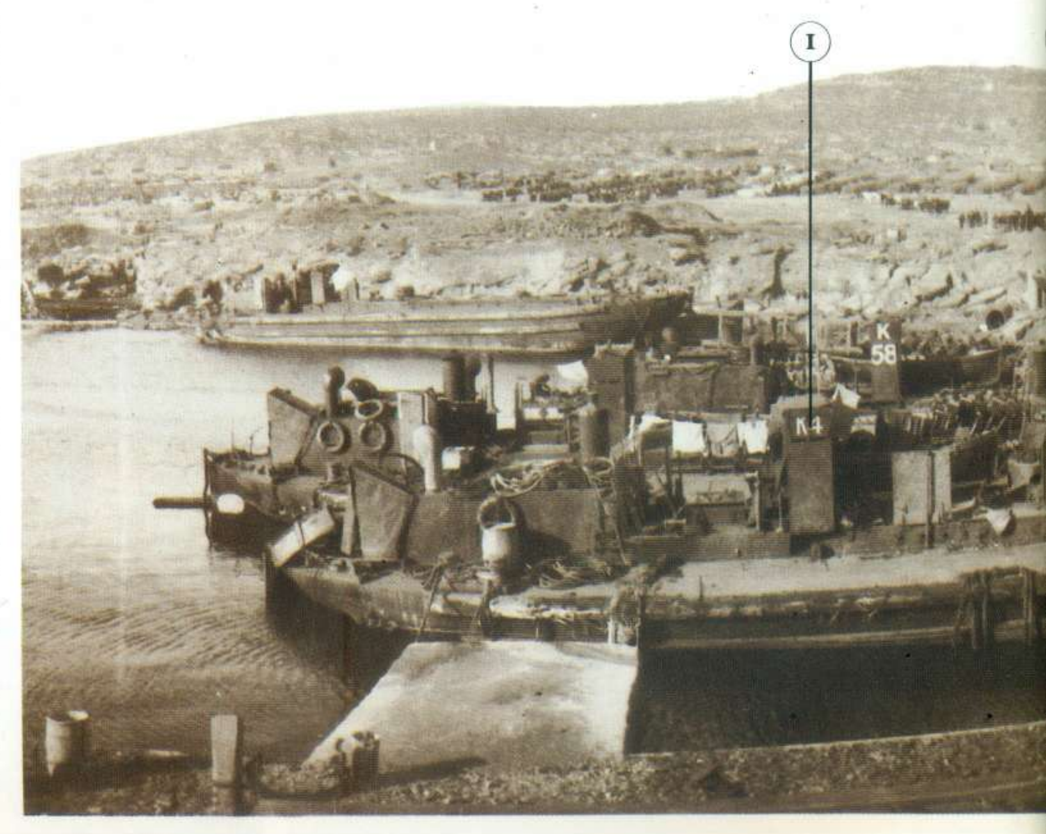


Esta vista general de la bahía de Suvla muestra nuevas gabarras que llegan al muelle para descargar el forraje y la paja para caballos y mulas.

La timonera (1) de las gabarras estaba protegida por planchas blindadas contra los temibles tiradores turcos.

Cerca del muelle se había instalado un parque de ambulancias **(2)**. Los Aliados no contaban con que se produjeran tantos heridos y carecían de hospitales y de buques especiales.

Refugios primitivos en la orilla **(3)**, fabricados con materiales de desecho.



Grupos de soldados descansan en la bahía de Suvla (izquierda). El refugio en primer plano era más eficaz contra el sol que ante las balas y la metralla de los obuses.

En las aguas profundas de la bahía de Suvla, los barcos mercantes y los de guerra británicos podían aproximarse muy cerca de la orilla (derecha).





Se amontonan las cajas de raciones **(4)**, no importa de qué forma. En general contienen conservas de buey y galletas; la alimentación de los soldados no era ni variada ni equilibrada.

El material descargado (5) permanecía en el muelle a la espera de que vinieran a buscarlo. Como todo lo demás en esta campaña, lo que concernía a la intendencia estaba muy mal organizado.

Las tropas británicas y francesas llevaban uniformes corrientes totalmente inadecuados para el calor de la región.

Apostados a uno o dos kilómetros detrás de las elevaciones **(6)**, los tiradores turcos podían observar todas las operaciones de descarga. Sin embargo, la proximidad de las posiciones aliadas era tal que el material depositado en la orilla podía llegar con rapidez a las unidades.

Camilleros (arriba) transportando un soldado herido al muelle, donde esperará su traslado a un barco hospital. Las instalaciones sanitarias resultaron totalmente insuficientes a lo largo de la campaña.

2

6

4

5

Bahía de Suvla/4

Hamilton se precipitó a Suvla y vio que apenas se había hecho nada. Los soldados descansaban o se bañaban. En cuanto a Stopford, dormía.

Cuando se le comunicó que era absolutamente primordial apoderarse de las colinas, cercanas, Stopford replicó que sus hombres tenían calor, estaban fatigados y carecían de agua y de provisiones, y que la artillería desembarcada resultaba insuficiente. Atacaría al día siguiente por la mañana. Pero esto no suponía un gran consuelo para los agotados australianos y neozelandeses que se batían hacía meses en condiciones muy penosas.

Tras dejar a Stopford a bordo del barco que le servía de cuartel general, Hamilton se dirigió a tierra, donde encontró la misma indolencia entre los oficiales superiores. En un intento desesperado de salvar su plan, ordenó directamente a una brigada avanzar sobre las cimas principales y parapetarse. Era demasiado tarde: el coronel Mustafá Kemal se le había adelantado.

Entre el 9 y el 11 de agosto, mientras los soldados «paseaban como si estuviesen de permiso» como dio a conocer Hamilton a Kitchener, los turcos consolidaron sus posiciones. El 15, el incapaz Stopford, que de nuevo echó la culpa a sus subordinados y pretextó una pérdida del espíritu ofensivo entre sus tropas para explicar sus fracasos, fue relevado del mando. Sus «vacaciones» de nueve días en Suvla habían resultado desastrosas.

Algunos días más tarde, el primer ministro, Adquith, escribió al ministro de la Guerra: «He leído lo bastante para convencerme de que los generales y el estado mayor implicados en el asunto Suvla deberían ir a un consejo de guerra y ser expulsados del ejército».

Sin embargo, la tragedia de Suvla aún no había acabado. El 21 de agosto, poco tiempo después de la carta de Adquith, el nuevo jefe del 9.º Cuerpo, el general H. de Lisle, se lanzó al asalto de las alturas.

Con la aprobación del comandante en jefe, quien había olvidado de modo ostensible que los ataques frontales eran «una locura», de Lisle envió casi tres divisiones completas al ataque de unas colinas fuertemente defendidas. El resultado, como se podía prever, fue desastroso.

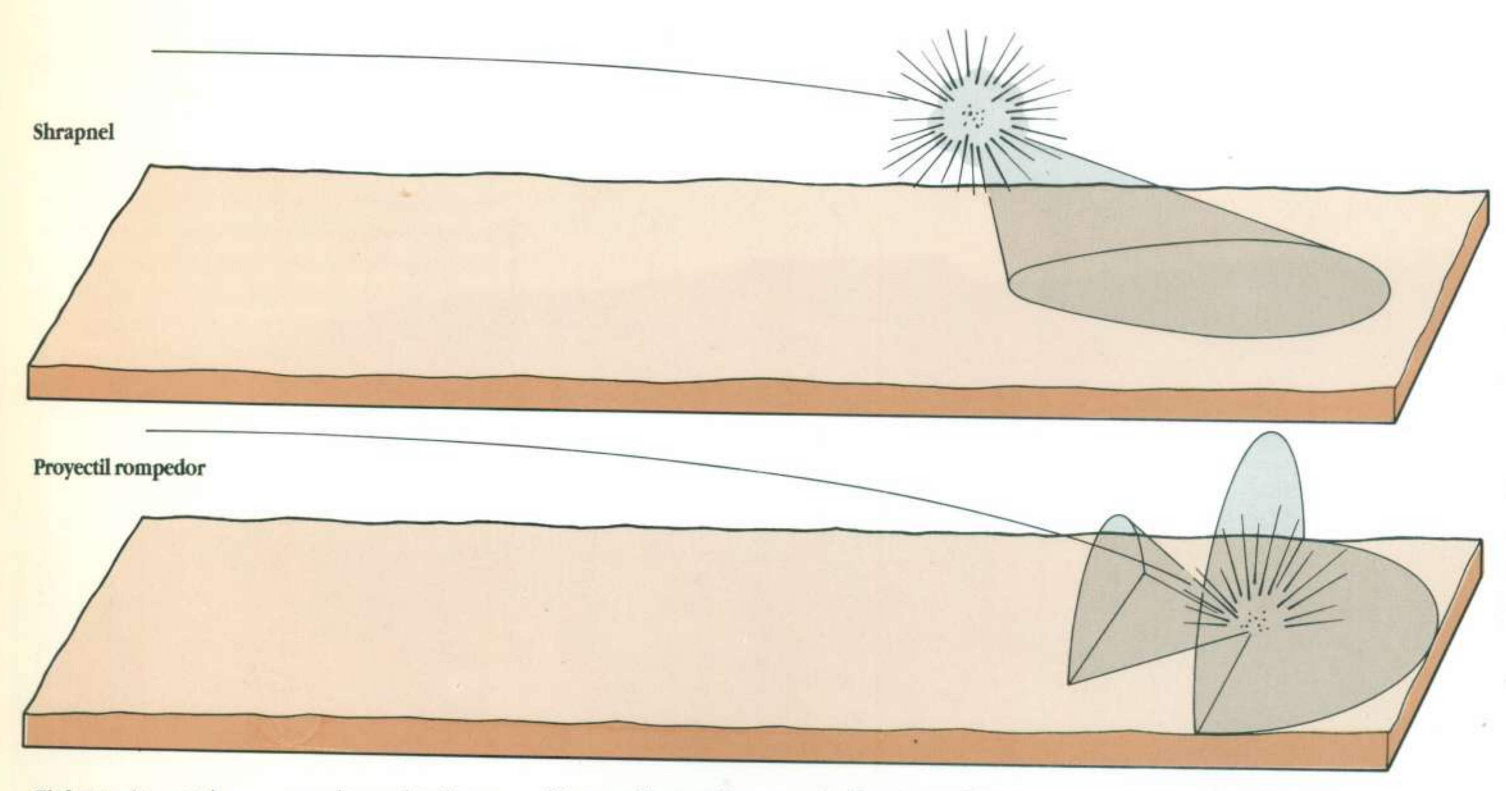
Hacia la tarde, como el ataque flaqueaba, de Lisle decidió lanzar su reserva, la 2.ª División, de *Yeomen*. Antes que sus regimientos de caballería desmontada pudiesen alcanzar el frente, era necesario atravesar la parte desecada del lago salado, donde se convirtieron, sobre el fondo, en un blanco idóneo para la artillería turca. En el crepúsculo, sus diezmadas filas se lanzaron al asalto de la colina. Su valerosa tentativa obtuvo como resultado una matanza. Es así como acabó el más importante, pero afortunadamente el último, de los enfrentamientos en la península de Gallípoli. Y no fue más eficaz que los otros.

Sir Ian Hamilton fue llamado a la metrópoli el 15 de octubre. Su sucesor, el general sir Charles Monro, a la vista de tan lamentable situación, aconsejó la evacuación. El 9 de enero de 1916, los únicos soldados aliados que quedaban en la península de Gallípoli eran los muertos.

En ambos bandos las pérdidas habían sido muy graves.

De los 480.000 soldados británicos, de la *Commonwealth* y franceses que habían servido en esa campaña, más de 250.000 estaban muertos o heridos. Los turcos declararon más o menos la misma cifra, aunque algunas estimaciones hablan de un número mucho mayor.

En Gran Bretaña la evacuación se saludó como un éxito, un poco como lo sería 24 años más tarde la de Dunkerque. Pero el hecho es que los Dardanelos



El shrapnel, inventado por el general de este nombre (1761-1842) durante la guerra de Independencia española, consistía en un bote que contenía bolas de plomo que la deflagración de la carga desencadenada por una espoleta lanzaba en forma de lluvia. En sus tipos iniciales, cuando las espoletas no eran todavía demasiado perfectas el *shrapnel* se equipaba con un dispositivo de impacto.

El proyectil rompedor actuaba por onda expansiva y fragmentación contra el personal situado en terreno descubierto. En Gallípoli, algunos estaban provistos de espoletas de tiempo que retardaban la explosión; otros podían actuar como el *shrapnel* al explotar en el aire y proyectar un cono de metralla.

quedaron en poder de un ejército turco del que Kitchener había llegado a burlarse.

En el fracaso de la operación de la bahía de Suvla concurrieron diversos factores. En primer lugar, la falta de información sobre el dispositivo enemigo, un error que suele tener consecuencias desastrosas. En segundo, y causa también de lo antes mencionado, estaban las dudas que los altos oficiales británicos tenían sobre la capacidad de combate de las fuerzas turcas y las cualidades de mando de sus generales: está claro que este menosprecio influyó en que se actuase demasiado a la ligera. En tercero, una incapacidad manifiesta de explotar el éxito inicial que podía haber proporcionado la sorpresa táctica, quizá también consecuencia de la infravaloración antes referida.

Los generales alemanes eran de la opinión que, una vez iniciada una ofensiva, la ejecución práctica de la misma debe dejarse en manos de los subordinados. Ello es cierto sólo si se cumplen unas premisas adicionales. En el caso británico, Hamilton, más que dejar libertad de acción a sus capitanes, se desentendió de toda la operación y se sumió en una especie de letargo del que fue incapaz de salir para ni tan siquiera inspeccionar el frente y poder corregir a tiempo cualquier aspecto que no se desarrollase según lo previsto. Además, entre los mandos inferiores no existía todo el espíritu de cooperación que hubiese sido deseable. La dirección de la batalla estaba mal planteada y fue peor ejecutada, a pesar de que el objetivo estratégico de la campaña de Gallípoli era intachable y a pesar también de que las tropas tuvieron un comportamiento admirable. De hecho, los generales turcos apenas si hubieron de hacer otra cosa que aprovechar los errores aliados.

De haber prosperado, la campaña de Gallípoli hubiese sido un gran alivio para las acosadas fuerzas rusas. Según algunos autores, el fracaso de Gallípoli fue uno de los desencadenantes de la Revolución de octubre de 1917.

El material se descargaba en la orilla y después era transportado hasta las unidades por carros tirados por mulas.





Servidores de la 52.ª División *Lowlands* sirven un obús de 127 mm. Esta pieza, una de las mejores de la artillería de campaña, alcanzaba casi diez kilómetros. Los dos servidores en primer plano colocan las espoletas mientras el jefe de la pieza observa el impacto de un proyectil. Estos soldados no llevan el uniforme reglamentario, buena prueba de la desorganización que caracterizó la campaña.

Para los Aliados, el fracaso de los Dardanelos fue catastrófico: las pérdidas fueron terribles. Además, Turquía seguía al lado de Alemania, y los estrechos que conducían al mar Negro permanecían cerrados; Rusia persistía alejada de sus Aliados, incapaces de abastecerla. En 1917, a raíz de la revolución bolchevique, se retiró de la guerra. La consecuencia más inmediata fue que a los jefes militares que habían preconizado la creación de un segundo frente para salvar la situación en Francia se les habían complicado las cosas. A causa del fracaso de Gallípoli, Francia y Gran Bretaña tenían ante sí más años de guerra de trincheras en el frente occidental, años que costaron cientos de miles de vidas humanas.

El Somme/ *1 de julio-19 de noviembre de 1916*

«Tengo el penoso deber de informarles que en este día se ha recibido un despacho de la Oficina de Guerra anunciando la muerte de...» Así comenzaban los miles de telegramas que llegaban en julio de 1916 a hogares de toda Gran Bretaña. Esta terrible frase se difundía por las ciudades y los campos para notificar la suerte de un marido, un padre, un hijo o un hermano atrapados en la inmensa trituradora muy académicamente llamada «batalla del Somme».

La mayor parte de los soldados eran voluntarios que, en 1914, respondieron a la llamada de Kitchener. Cada unidad del «Nuevo Ejército» se había formado en una localidad en concreto y conservaba sus nombres extraoficiales. Existían «los compañeros de Accrington», «los amigos de Grimsby», «los muchachos de Glasgow». Esto les daba cohesión, pero también tenía sus inconvenientes. Rodeado de sus amigos, con quienes compartía un pasado común, el soldado gozaba de una moral a toda prueba, pero si su unidad era maltratada por el destino, eran pueblos enteros los que perdían toda su población masculina. Y esto es lo que sucedía ahora.

El Cuerpo Expedicionario británico (CEB) en Francia empezó el año 1916 con un nuevo comandante en jefe, el general Douglas Haig, que dispuso una ofensiva conjunta con los franceses en Picardía, en el departamento del Somme. Este «gran empujón» debía coincidir con ataques en el frente ruso e italiano. Pero en febrero los alemanes iniciaron una gran ofensiva sobre Verdún, que se prolongó y fue de tal virulencia que en primavera se hizo evidente que como no se organizasen operaciones de diversión en otras partes, la defensa de los apurados franceses iba a venirse abajo.

El comandante francés, Joffre, volvió sus ojos hacia el CEB, cuyos efectivos se hallaban casi al completo. Tanto era así que la ofensiva que debía ser común recayó principalmente en los británicos.

Aunque consciente de la escasa experiencia de sus tropas, Haig empezó a enviar al recién creado IV Ejército del general sir Henry Rawlinson en dirección al Somme para que entrase en acción a finales de junio. Esta operación, destinada a socorrer Verdún, se transformó en la mente de Haig en una tentativa de salir del callejón sin salida de la guerra de trincheras, tomar la iniciativa sobre los alemanes y terminar cuanto antes la guerra. Pensaba lograrlo lanzando su caballería por las brechas practicadas en las líneas enemigas merced al asalto inicial. Para ello hizo acudir de la retaguardia tres divisiones de caballería, que habían estado inactivas desde 1914. Con sus sables y lanzas, los jinetes tenían un aire bastante anacrónico en esta guerra dominada por la artillería y las armas automáticas. Rawlinson, por su parte, no les tenía demasiada confianza: prefería las bayonetas y los cañones y elaboró sus planes en consecuencia.

Desde Gommecourt, en el norte, a través de Serre, Beaumont-Hamel, Thiepual, La Boisselle, Fricourt, Mametz y hasta Montauban, los batallones de los *«Tommies»* se desplegaron codo con codo en una línea zigzagueante de 30 km de trincheras en terreno gredoso. Los 12 últimos kilómetros del

Londres
GRAN BRETAÑA
Calais
Bruselas
BÉLGICA
Canal de la Mancha
Sector del Somme
Albert
Bapaume
Amiens
Le Havre
FRANCIA

La ofensiva británica sobre el Somme se desencadenó el 1 de julio de 1916 en un cálido día soleado. La 34.ª División avanzó hacia el este unos 1.500 metros de terreno ondulado para intentar romper las defensas alemanas en el sector de Boisselle.



En 1916, el frente occidental estaba inmovilizado. Los dos adversarios buscaban una victoria espectacular para terminar la guerra. El objetivo de Alemania era evidente: el amplio campo parapetado de Verdún, que constituía un saliente en sus líneas. Privado de su artillería, no tenía importancia estratégica, pero para los franceses era el símbolo de su poderío militar.

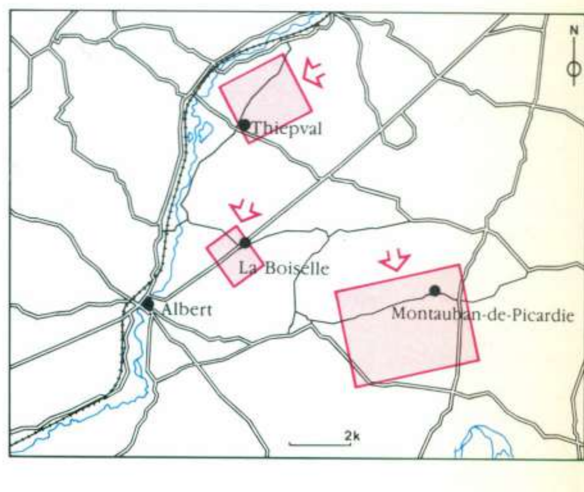
Falkenhayn, el comandante en jefe alemán, quiso dar un golpe al orgullo de los franceses. Se llamó a los reservistas y se hicieron los preparativos para la más inútil de todas las ofensivas de la guerra. Después de haber firmado que el empeño valía la pena, los alemanes no podían retroceder, y por la misma razón los franceses debían resistir. Dominados por la acción de la artillería, los combates causaron estragos desde febrero, a finales de junio de 1916. Los franceses hasta ese momento habían perdido 315.000 hombres y los alemanes 281.000. Los Aliados decidieron poner fin a este pulso inútil al atacar en otro lugar con un fin meramente diversivo. El lugar elegido era un frente de 30 km al norte del Somme.

Las 101.ª y 102.ª Brigadas de la 304.ª División **(1)** atacaron a las 7,30 y avanzaron un poco más, pero las ametralladoras hicieron estragos en sus filas.

El 2.° y 3.° Batallones irlandeses de Tyneside **(2)**, de la segunda oleada de asalto, fueron aniquilados por las ametralladoras durante su lento avance hacia las trincheras alemanas.

Las ametralladoras alemanas (4) barrieron la tierra de nadie con un fuego especialmente mortífero.

La primera línea alemana (3) fue bombardeada por la artillería, pero con un resultado mediocre. Protegidos en profundos refugios, los alemanes salieron una vez que cesó el bombardeo y abrieron fuego sobre la infantería británica.



A la Hora H, la 34.ª División intentó una ruptura de las defensas contrarias. Dos brigadas salieron de las líneas británicas. Una tercera comenzó una larga marcha en terreno descubierto para alcanzarlos, adelantar y dar un nuevo impulso a su ataque. Los dos batallones del ala derecha ganaron terreno, pero no pudieron conservarlo.

Ante la posibilidad de una resistencia limitada, los británicos debían avanzar lentamente, en orden abierto **(5)**.

El 1.° y 4° batallones irlandeses de Tyneside **(6)** dejaron atrás a la 101.ª Brigada y se introdujeron hasta detrás de las líneas alemanas.

Una bengala roja disparada desde las líneas alemanas **(7)** dio la señal del bombardeo de artillería contra las oleadas asaltantes británicas.

frente, entre Montauban y el Somme, estaban ocupados por los franceses que también iban a tomar la ofensiva. En Gommecourt y más allá se encontraba el III Ejército británico del general Allenbi, dos divisiones del mismo iban a llevar a cabo maniobras de diversión durante todo el ataque de Rawlinson.

Del otro lado de la tierra de nadie, que en ciertos lugares tenía algunos metros de anchura y en otros muchos kilómetros, los alemanes esperaban situados en sus sólidas posiciones. Su comandante en jefe, el general von Falkenhayn, pensaba que se realizaría una acción de diversión en Alsacia-Lorena, pero el general von Below, que mandaba el II Ejército en el Somme, estaba convencido de que el ataque caería sobre él, pues se advertían concentraciones británicas en el sector. Von Below tenía razón.

Después de haber alterado repetidas veces la fecha de asalto, Rawlinson la fijó para el 29 de junio. Imitando la táctica alemana en Verdún, propuso empezar con una preparación artillera que durase unos cinco días, la mayor desde que comenzase la guerra.

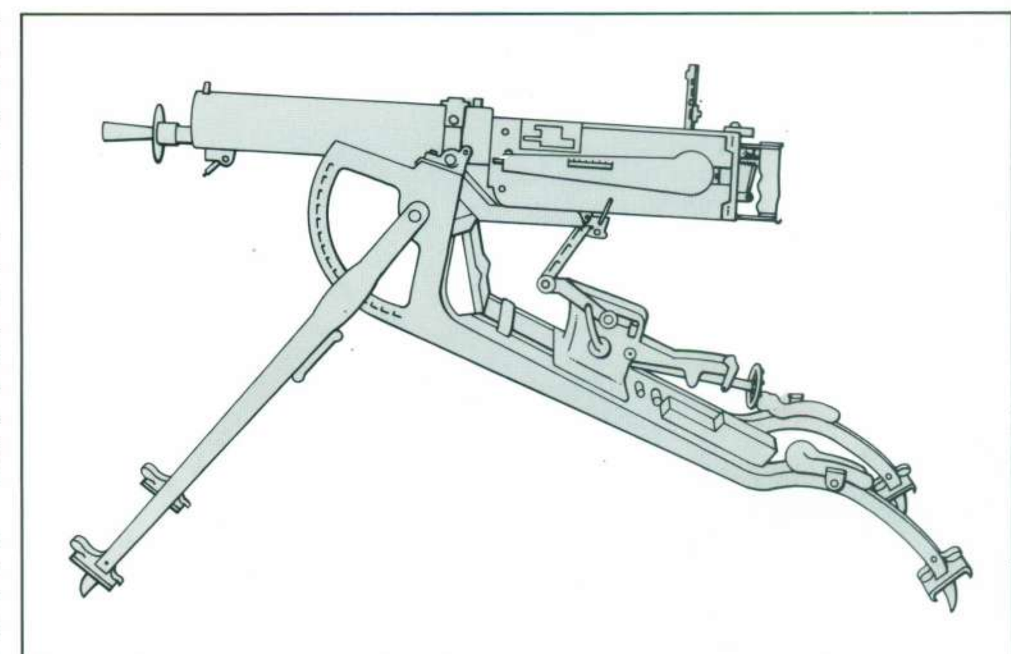
Convencido de que el bombardeo amedrentaría al enemigo, Rawlinson estaba seguro de que el avance de la infantería sería un paseo. Él mismo dio la orden a sus hombres de no precipitarse al asalto, sino de marchar hacia las trincheras alemanas sosegadamente y en orden abierto. Y lo sorprendente es que debían ejecutar esta marcha desde las 7 y media de la mañana, en verano, a pleno día. Se había renunciado a un asalto al amanecer, tres horas más temprano, con el fin de permitir una mejor visibilidad a la artillería para que finalizase su acción. Esto se verificó como un catastrófico error de juicio.

El 25 de junio las baterías abrieron fuego. El día siguiente empezó a llover y no cesó hasta la mañana del 28, lo que provocó la consternación en el cuartel general del IV Ejército, donde se comenzó a temer que la operación se prolongase inútilmente en las trincheras y terrenos empapados.

A las 11 –a poco menos de 20 horas de la Hora H– el ataque se aplazó al 1 de julio a las 7,30 horas para dejar secar un poco el terreno. La artillería debía reducir inmediatamente su cadencia para repartir sus disponibilidades de municiones entre los tres días, no previstos, de bombardeo. Fue necesario retirar las tropas de asalto, ya preparadas, y detener a los que llegaban. Para los miles de hombres que se encontraban moralmente dispuestos a batirse el 29, el retraso añadió incertidumbre y tensión.

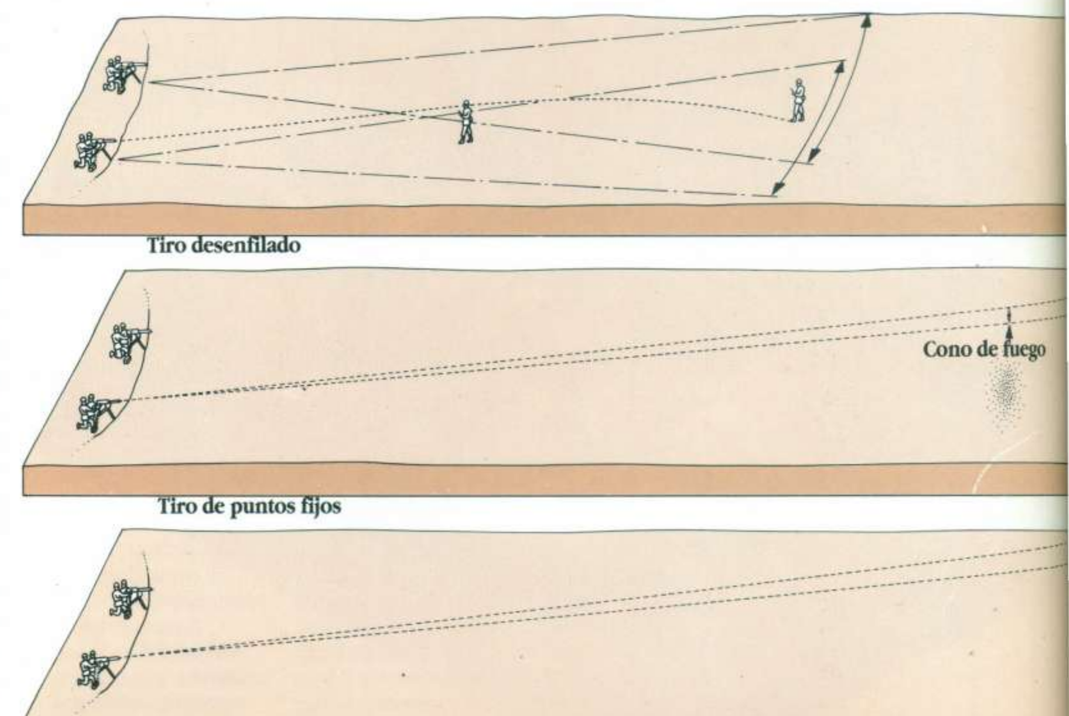
Al amanecer del 1 de julio, la orden «¡Alerta!» circuló en las trincheras británicas. A las 6 y 25 minutos justos, el silencio fue roto por una terrible barrera de artillería que a lo largo de una hora y cinco minutos exactos martilleó las posiciones alemanas.

Para aumentar más la confusión del enemigo, sus líneas se minaron en diversos lugares. La primera mina explosionó a las 7 horas y 20 minutos cerca de Beaumont-Hamel y levantó un enorme surtidor de tierra. A las 7 horas y 25 minutos continuaron otras. Dos minutos más tarde resonaron los silbatos de los oficiales y 66.000 hombres, cada uno con un pesado equipo



La Maxim 1908 fue la ametralladora más utilizada por el ejército alemán a lo largo de la guerra. Esta arma automática de calibre 7,92 mm y refrigerada por agua, podía efectuar 450 disparos por minuto, y pesaba 32 kg. Su eficacia en la defensa se puso de manifiesto el primer día de la batalla del Somme, en la que unas pocas Maxim aniquilaron batallones enteros en cuestión de minutos.

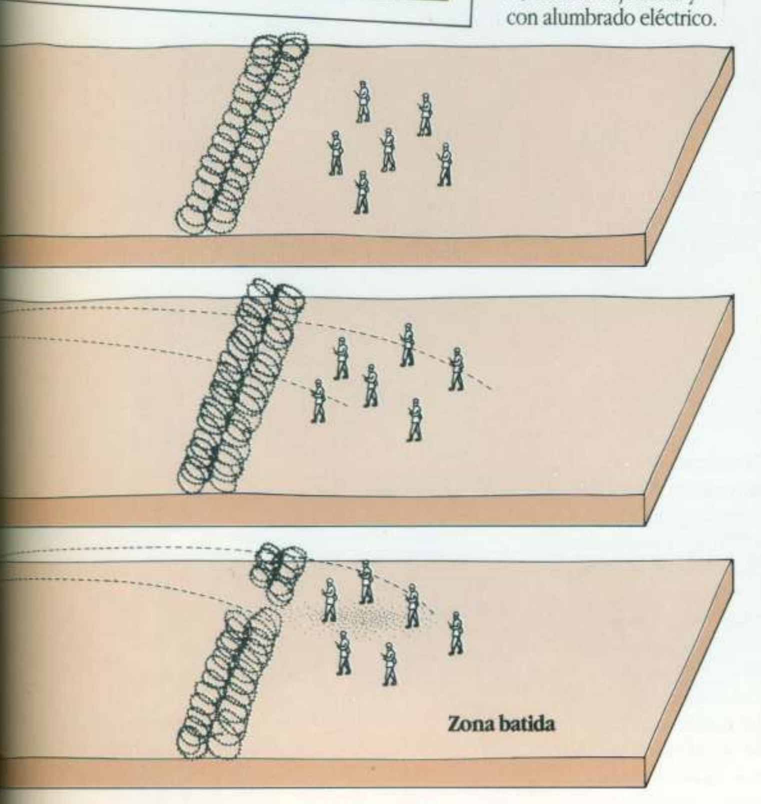




Las ametralladoras medias utilizadas en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial tenían tres formas de fuego. El tiro directo se utilizaba a corta distancia y el arma apuntaba de manera que barriese a los atacantes a la vista. A distancia media se disparaba desde un punto fijo y enviaba un cono de fuego sobre un objetivo dado. A larga distancia, o cuando el blanco no era visible, por ejemplo si se encontraba detrás de una colina, utilizaba el tiro en desenfilada, con gran elevación para barrer una amplia zona.



Las trincheras alemanas estaban mejor construidas y drenadas que las británicas. En las estrechas trincheras británicas, de 2 m de profundidad, los refugios estaban abiertos en las paredes y protegían mal de los fragmentos de metralla. Aquí, al fondo de esta trinchera alemana, se ve la entrada de un refugio, que comprendía un conjunto de almacenes y alojamientos construidos a 9 metros bajo tierra y con alumbrado eléctrico.





El general Erich von Falkenhayn (1861-1922), jefe del estado mayor alemán, estaba convencido de que los Aliados iban a lanzar una gran ofensiva de diversión para debilitarle en Verdún.



El general Fritz von Below (1853-1918), que mandaba el II Ejército alemán, estaba a cargo del frente del Somme. Creía que la ofensiva estaría dirigida contra su sector, pero el cuartel general no compartía su opinión.



El general sir Douglas Haig (1861-1928), fue nombrado comandante en jefe del Cuerpo Expedicionario Británico en diciembre de 1915. Fue quien proyectó la ofensiva del Somme.



El general sir Henry Rawlinson (1864-1925), comandante del IV Ejército británico fue encargado de organizar, en el verano de 1916, un ataque de envergadura en el sector del Somme.

El Somme/3

de 30 kg, entraron en acción lentamente en la Tierra de nadie. Una compañía del 8.° Surrey East chutó balones de fútbol en dirección de las trincheras alemanas para simbolizar el «saque de centro».

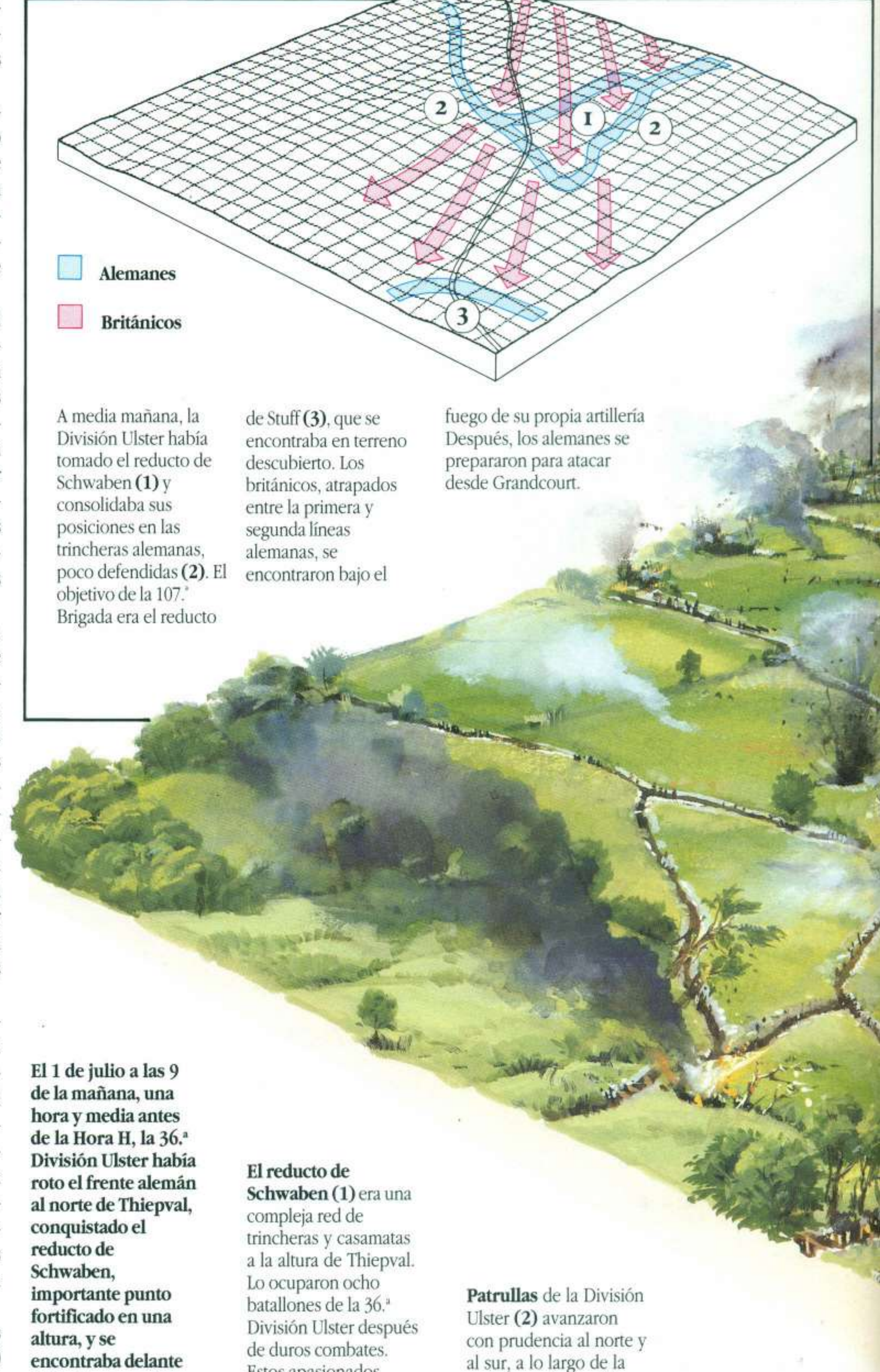
Pero se tardó poco en comprender que no se trataba de un paseo hacia líneas abandonadas como se prometía en los discursos tranquilizadores de los generales. Los alemanes, bien parapetados en sus hondos refugios, habían resistido los bombardeos y salían ahora para poner en acción ametralladoras y baterías camufladas, que abrirían sobre los británicos un fuego devastador.

Incluso ciertos batallones de asalto cayeron bajo el fuego de las Maxim antes de haber salvado sus propias barreras de alambradas. Otros, que comenzaban su lento avance, eran abatidos por el fuego de las ametralladoras. Por todas partes caían soldados británicos. Pero continuaban las oleadas de asaltantes en su avance al ritmo fijado por Rawlinson: 100 m por minuto, con un intervalo de un minuto entre dos batallones. Aunque inferiores en número, los alemanes se asombraban de que los atacantes no buscasen protegerse de su mortífero fuego. Con sólo una o dos ametralladoras aniquilaron batallones enteros.

Menos prudente que su subordinado Rawlinson, Haig decidió que el objetivo de las seis divisiones que atacaban al norte de la carretera Albert-Bapaume incluyese la primera y la segunda líneas alemanas, muy cercanas la una de la otra en ese sector del frente. Al sur del camino, otras cinco divisiones británicas y una parte del VI Ejército francés debían concentrarse exclusivamente en las posiciones avanzadas, porque en ese lugar la segunda línea enemiga se encontraba mucho más lejos de la primera. Al cabo de una hora de asalto, apenas un tercio de los 84 batallones habían llegado al lugar previsto. Los otros se encontraban ya cogidos en una trampa, en bolsas aisladas dentro de las líneas alemanas o habían sido repelidos.

El ala derecha de Rawlinson y los franceses progresaban hacia Montauban, pero el asalto en el centro, allí donde se encontraba la caballería dispuesta a explotar una brecha, estaba detenido. Al norte de Ancre, hacia Beaumont-Hamel, tenían lugar violentos combates con sólo algunos éxitos aislados, y en Gommecourt, la operación de diversión efectuada por el III Ejército tropezó con dificultades. A las 8,30 horas de la mañana, las menos alarmistas de las estimaciones elevaban las pérdidas británicas a cerca de 30.000 hombres, es decir, a la mitad de los efectivos comprometidos.

Durante toda la mañana, Rawlinson envió oleadas de asalto. A mediodía, 129 batallones –o sea 100.000 hombres– se encontraban en acción. Montauban había caído en manos de la 30.ª División (la única en llegar y conquistar todos sus objetivos), y la 8.ª División, igualmente, obtenía victorias apreciables. Por otro lado, aparte de la conquista por la División Ulster de una parte de la segunda línea enemiga en Thiepval, se registraron una serie de ataques y contrataques alemanes durante la mañana que fueron rechazados en algunas secciones de trincheras.



A media mañana, la División Ulster había tomado el reducto de Schwaben **(1)** y consolidaba sus posiciones en las trincheras alemanas, poco defendidas **(2)**. El objetivo de la 107.ª Brigada era el reducto de Stuff **(3)**, que se encontraba en terreno descubierto. Los británicos, atrapados entre la primera y segunda líneas alemanas, se encontraron bajo el fuego de su propia artillería Después, los alemanes se prepararon para atacar desde Grandcourt.

El 1 de julio a las 9 de la mañana, una hora y media antes de la Hora H, la 36.ª División Ulster había roto el frente alemán al norte de Thiepval, conquistado el reducto de Schwaben, importante punto fortificado en una altura, y se encontraba delante de las barreras de alambres de espino de la segunda línea enemiga. Había avanzado 1.500 metros.

El reducto de Schwaben (1) era una compleja red de trincheras y casamatas a la altura de Thiepval. Lo ocuparon ocho batallones de la 36.ª División Ulster después de duros combates. Estos apasionados protestantes irlandeses se identificaban por el color y lanzaban su antiguo grito de guerra: «¡Nadie se rinde!».

Patrullas de la División Ulster **(2)** avanzaron con prudencia al norte y al sur, a lo largo de la red de trincheras del reducto de Schwaben. Sólo encontraron una débil resistencia.

El reducto de Stuff (3), en la segunda línea alemana, sólo estaba ocupado por observadores de artillería y elementos de segundo escalón cuando aparecieron los ulsterianos delante de sus alambradas.

La destruida ciudad de Thiepval **(4)** fue fortificada por los alemanes con puestos de ametralladoras desde donde podían barrer directamente la tierra de nadie en la linde del bosque de Thiepval.

Los hombres que alcanzaron la segunda línea alemana vieron que sus enemigos **(5)** se preparaban a contratacar en el reducto de Schwaben.

Alemanes hechos prisioneros en los combates de Thiepval (derecha).



La 107.ª Brigada Ulster (6) se encontró bajo el abundante fuego de la artillería británica mientras se dirigía a la segunda línea alemana en el reducto de Stuff. Los artilleros tendieron su cortina de fuego a la hora prevista, pero la infantería se había anticipado.

El sector de la 36.ª División Ulster se encontraba en medio del frente, de 30 km, justo al norte de Thiepval. Debía atacar la línea enemiga en un frente de 2,5 km.

Al llegar la tarde reinó por un momento una extraña calma, como si se hubiera llegado a un acuerdo tácito, una pausa para volver a tomar aliento. Después la acción se reanudó, y cada vez con más fuerza. Alrededor de Fricourt y Gommecourt, batallones británicos recibieron un duro castigo, y en Thiepval, a los del Ulster, que habían resistido a la *Redoute Schwaben* desde por la mañana sin refuerzos, comenzaban a escasearles las municiones.

Al sur, las divisiones del ala derecha de Rawlinson y los franceses continuaban adelante. Cayó Mametz y, en una decena de kilómetros, las tropas aliadas encontraron ante ellos un espacio libre. Los franceses querían arremeter hacia adelante, pero los británicos se opusieron: las órdenes eran tomar y asegurar Montauban el primer día, y con la exigencia clara de que no era preciso empujar más antes que estuviesen listos los preparativos de la segunda fase de la operación.

Por más que los franceses intentaron protestar y alegar que se perdía una magnífica ocasión, Rawlinson no quiso escuchar nada; si hubiera permitido sacar partido de los éxitos conseguidos a la derecha, la caballería habría podido ser más útil, pero a media tarde, sin haber participado en la menor acción, ésta recibió orden de retirarse.

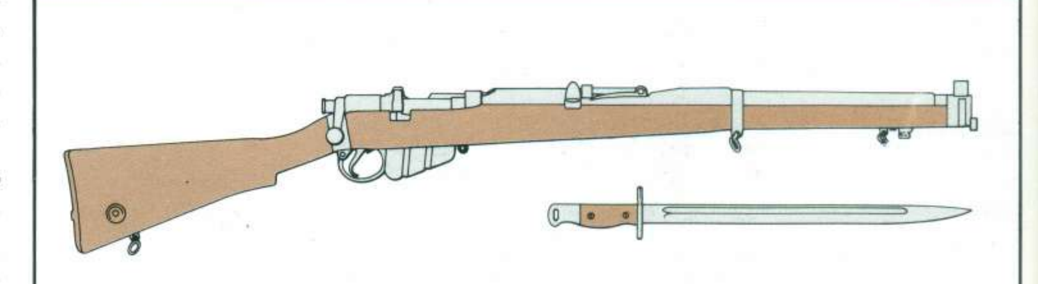
El atardecer anunciaba el fin de esta primera y terrible jornada de la ofensiva del Somme, y el jefe del IV Ejército se dispuso a hacerse una idea global de la situación a pesar de los informes contradictorios y las malas comunicaciones. Su estimación, de 16.000 muertos o heridos, estaba lejos de la realidad pues, aparte de los miles de cadáveres, la tierra de nadie estaba cubierta de heridos graves que permanecían sin cuidados durante horas. En la retaguardia del frente, los hospitales de segunda línea eran escasos. Las pérdidas se elevaban a 57.470 hombres. De 129 batallones en activo, 32 perdían más de 500 hombres cada uno. El más afectado fue el 10.° de West Yorkshire, que perdió 710 hombres.

En el otro lado, las pérdidas eran incomparablemente inferiores y los alemanes conservaban la mayor parte de los 42 km de trincheras. Pero su respiro tuvo una corta duración, pues Haig decidió prolongar la ofensiva hasta el otoño y atacar en cuantas ocasiones se le presentaran, sin cambiar no obstante el deplorable método del 1 de julio.

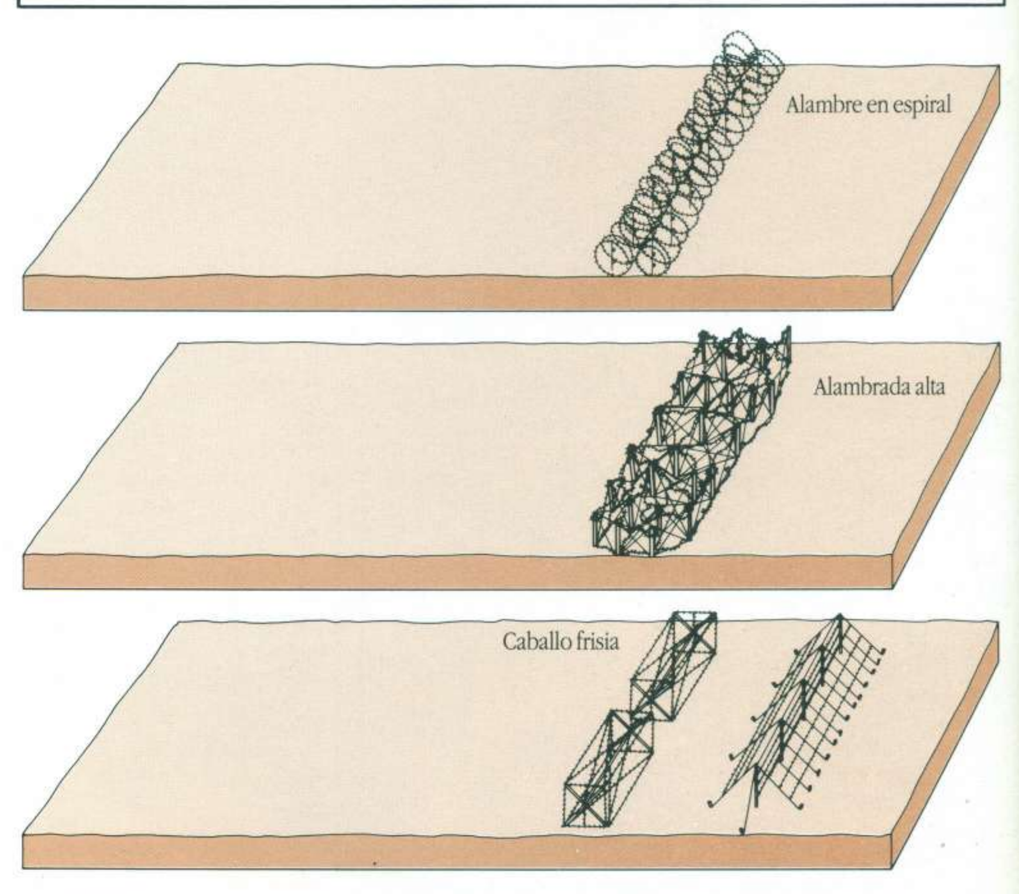
Reforzados y agrupados, los británicos se enzarzaron en una sangrienta prueba. Cada cien metros conquistados lo eran al precio de una matanza; pero en lo sucesivo, los alemanes también sufrieron graves pérdidas, sobre todo en sus ataques fallidos.

En septiembre, el carro de combate, nueva invención británica, entró en acción para apoyar el ataque a las ciudades de Flers y de Courcellete, bien defendidas. Al principio el avance de los carros fue triunfal, pero algunos se quedaron sin combustible, otros se hundieron en el lodo y el ataque se estancó.

El otoño fue muy inclemente y el 19 de noviem-



El fusil Lee-Enfield Mk 1 de cargador corto era el arma reglamentaria del soldado de infantería británico. Era de calibre 7,7 mm, cerrojo manual y alojaba 10 cartuchos. El Lee-Enfield, que hizo su primera aparición en 1895, combinaba el tipo de cargador delfusil Lee norteamericano y el cañón rayado mejorado del Enfield. En el desarrollo de la guerra de los *boer*, los soldados de infantería montada encontraron que sus largos fusiles resultaban bastante embarazosos para disparar a caballo. Por ello se decidió hacer un arma más corta, que pudiera ser utilizada tanto por la caballería como por la infantería, pero sin detrimento de su eficacia. En 1902 nacía el Lee-Enfield de cargador corto, que se convertiría en uno de los mejores fusiles de todos los tiempos.



La alambrada encontró su utilidad al iniciarse la guerra de trincheras en un frente de 650 km, desde el canal de la Mancha a la frontera suiza. Cada uno protegía sus líneas con una pesada cortina de alambradas. La alambrada en espiral estaba sostenida por estacas metálicas. La alta podía estar hecha de alambre de espino unidos por travesaños y fijado a un laberinto de estacas de madera. La alambrada de tablero y en pirámide se mantenía mediante diversos tipos de estacas. Por la noche equipos especializados se encargaban de reparar los daños que hubiesen podido sufrir.

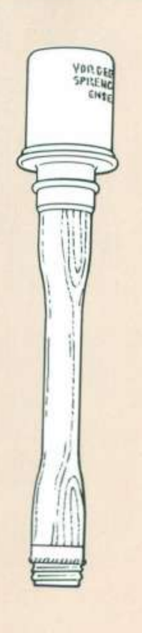




Los soldados británicos (superior) **pasan al ataque en la altura de Thiepval. Unos camilleros** (arriba) **extraen a un herido de una trinchera en la ciudad de Thiepval**



Antes de la ofensiva del Somme, los británicos cavaron túneles bajo diez poderosos puestos fortificados del frente alemán y los rellenaron de explosivo. Las minas fueron graduadas para explosionar justo antes de la Hora H. Esta asombrosa fotografía se tomó en la cresta del Aubépine, en Beaumont-Hamel, en el momento preciso en que 18 toneladas de dinamita hacían saltar un reducto alemán.





Una de las armas más utilizadas en la guerra de trincheras era la granada de mano, temible en lugares cerrados como hoyos y refugios. La preferida de los británicos era la Mills, granada prefragmentada con espoleta de cuatro segundos. Los alemanes utilizaban una granada de mango, con acción de cuatro segundos, que los británicos habían apodado «mazo de patatas».

bre, cuando ya era evidente que llegaba el invierno, Haig decidió poner fin a la ofensiva. En ese momento el CEB estaba a caballo de la línea de elevaciones que ocupaba el enemigo al inicio de los combates.

En la medida en que se puede dar una cifra, británicos y franceses habían perdido 600.000 hombres en los cuatro meses y medio de duración de la campaña, y los alemanes más o menos otro tanto.

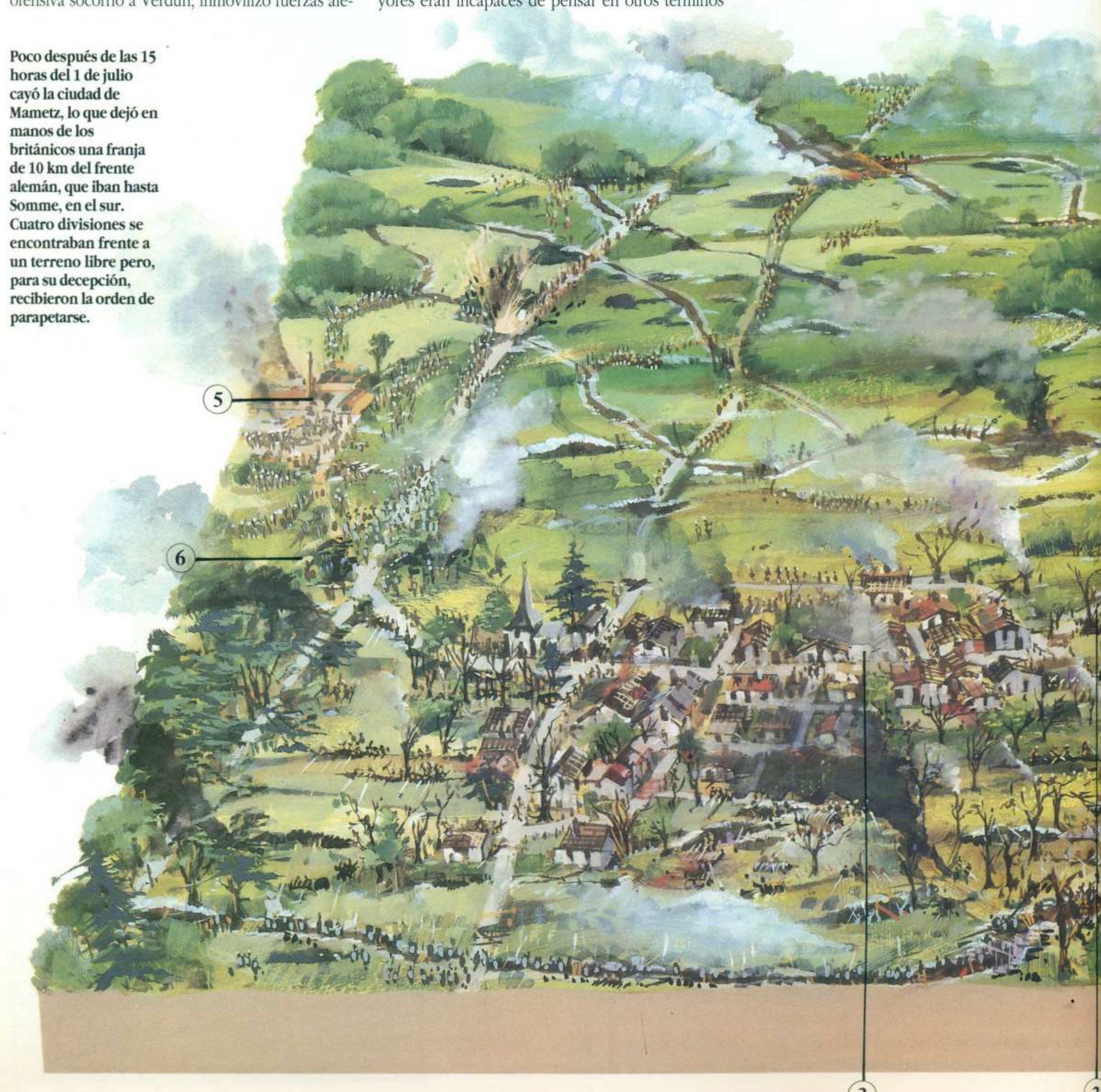
Con la pretensión de haber conseguido un éxito, el general Haig hizo gala, no sin razón, de que su ofensiva socorrió a Verdún, inmovilizó fuerzas alemanas que, sin esto, hubieran sido transferidas a las fronteras rusa e italiana y además había infligido graves pérdidas al adversario. El éxito de uno solo de estos objetivos habría –según dijo él– justificado la continuación de su ofensiva.

La guerra se hallaba ya en su tercer año y los contendientes parecían negarse a asimilar algunas de las lecciones más obvias de la misma. Los ataques frontales de la infantería deberían haber caído en desuso, por su propia futilidad, mucho antes de que se produjesen carnicerías como la del Somme, pero todo parecía indicar que los estados mayores eran incapaces de pensar en otros términos

Después de una prolongada preparación artillera y un cuerpo a cuerpo encarnizado, a las 15,00, la 7.ª División se apoderó de lo que quedaba de Mametz **(1)**. La penetración británica en las defensas enemigas se extendía sobre el flanco sur en un frente de 5 km.

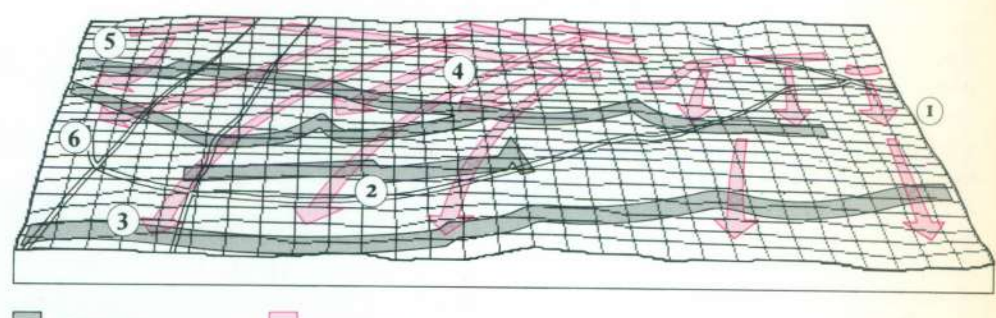
Los hombres de la 18.ª División (2) vigilaban los campos y árboles por detrás de la retaguardia alemana al noroeste de Montauban **(3)**. Una vez conseguido su objetivo, esperaban las tropas de refuerzo que deberían ayudarles a explotar el éxito. «¿Dónde está la caballería?», preguntaban.

Poco después de las 15 horas del 1 de julio cayó la ciudad de Mametz, lo que dejó en manos de los británicos una franja de 10 km del frente alemán, que iban hasta Somme, en el sur. Cuatro divisiones se encontraban frente a un terreno libre pero, para su decepción, recibieron la orden de parapetarse.



Las tropas de reserva se abrieron camino hasta la nueva línea del frente británico. A través de la antigua tierra de nadie, cubierta de desechos de la batalla **(4)** y los restos de las trincheras alemanas, casi no fueron hostigadas. Uno de ellos contó que «fue un paseo».

La fábrica de ladrillos (5) caída en manos del 4.º Batallón de los «camaradas de Liverpool», fue un punto fuerte enemigo que impedía la unión entre las posiciones británicas y francesas. Un rápido asalto después de un bombardeo sorprendió al enemigo en sus refugios.



Alemanes
Británicos

Montauban (3) fue el primer pueblo en caer el 1 de julio en manos de los británicos. La 30.ª División lanzó un potente ataque, se apoderó de la línea alemana y avanzó 900 m hasta Montauban, que ocupó a las 10,30 horas.

Elementos del IV Ejército francés **(6)** formaban el ala derecha de la ofensiva del Somme. Con un gran impulso, avanzaron en un frente de 5 km entre Montauban y Somme, y rechazaron al enemigo.

I

4

que no fuesen los establecidos, aun cuando resultase evidente que no eran decisorios. Sólo a finales de la guerra los alemanes empezaron a poner en práctica tácticas de asalto selectivo llevadas a cabo por grupos reducidos de hombres armados y entrenados para la tarea de cruzar la tierra de nadie de forma sigilosa y limpiar trechos de trinchera claves. Pero eso sucedió demasiado tarde y los Aliados decidieron la guerra gracias a que su superioridad numérica y material fue capaz de imponerse por sí misma frente a unos ejércitos enemigos agotados por el esfuerzo de tantos años de lucha. El inadecuado empleo de la infantería durante la Gran Guerra llevó a que en los años posteriores a la misma surgiesen estudiosos que, en franca oposición al conservadurismo tradicionalista, consiguieron inducir a unas reformas que iban a cambiar el arte de la guerra.

Otra cosa que debía haber sido evidente en la época del Somme era que la caballería clásica había perdido su papel en los campos de batalla modernos. En efecto, en el Somme no tuvo ni siquiera la oportunidad de salir derrotada, pues no se encontró ocasión para hacerla intervenir, presumiblemente en la explotación de un éxito que no se produjo. Sólo en los años de entreguerras se replanteó seriamente su adecuación a los tiempos, lo que supuso que desapareciese en favor de la mecanización.

El inadecuado empleo de los carros de combate y los esfuerzos por cambiar la tendencia del mismo merecerían un volumen por sí solos, pero baste con decir que el resultado de su participación podría haber sido bien diferente si la batalla no se hubiese planteado en base a otra concepción equivocada: una preparación artillera de varios días que removió el terreno y lo preparó para que las lluvias subsiguientes convirtiesen el campo de batalla en un cenagal en el que se empantanaron hombres y máquinas. Los carros de combate no iban a ser decisivos mientras no dejasen de supeditarse a las demás armas y adquirieran un papel relevante como fuerza de choque por sí misma.

La posguerra iba a ser rica en cambios y replanteamientos, pero estos fueron aún insuficientes para alterar el destino inmediato de algunas naciones: 21 años no bastaron para soltar un lastre que se arrastraba desde hacía siglos. La Segunda Guerra Mundial empezó con anacronismos tales como la Línea Maginot y la disposición de grandes masas de combatientes pensadas como fuerza de contención del avance enemigo. De no haber sido porque Alemania había sabido (y podido «gracias» a las condiciones del tratado de Versalles) cambiar con los tiempos, la ofensiva alemana de 1940 sobre Francia podría haber degenerado en una nueva batalla del Somme. Sólo a partir de la caída de Francia se aceleró definitivamente la revolución doctrinal del arte de la guerra.



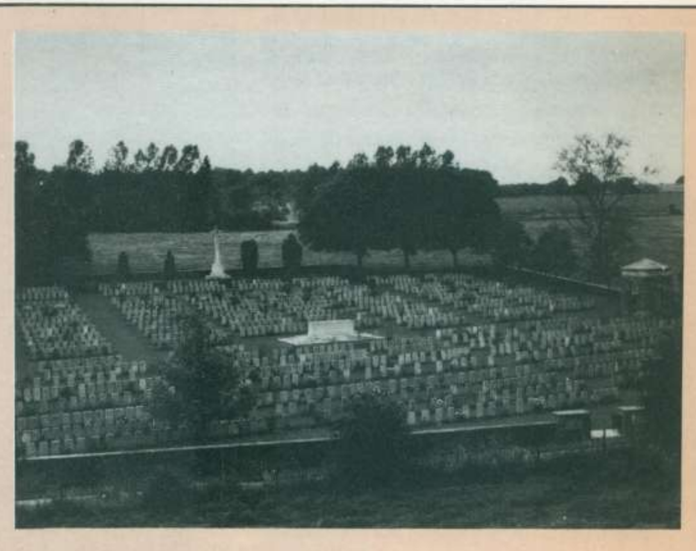
Aunque la última invención británica, el carro de combate, no se utilizó el 1 de julio, se puso en acción durante la ofensiva. El 15 de septiembre, al amanecer, 32 de estos monstruos de 30 toneladas avanzaron entre un gran estrépito dentro del ataque sobre las ciudades de Flers y de Courcellette. Muchos de estos vehículos fueron víctimas de averías y sólo 18, cada uno equipado con dos cañones de 6 libras, consiguieron llegar hasta los asombrados alemanes. El Mark 1, con una tripulación de ocho hombres, abría una nueva era en la historia de la guerra.



En la preparación de la ofensiva del Somme, Douglas Haig creó un ejército de reserva de tres divisiones de caballería bajo las órdenes del general sir Hubert Gough para que explotase la brecha que debía abrir la infantería del IV Ejército de Rawlinson. En la mañana del 1 de julio, miles de jinetes esperaban la orden de avanzar. Pero los ataques fracasaron en casi todo el frente y no hubo necesidad de caballería ese día. Sólo la 2.ª División india, en el ala derecha, habría podido jugar un papel útil cuando la infantería logró abrirse camino, pero Rawlinson impidió que fuese utilizada.

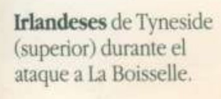






Pocos espectáculos son tan deprimentes como el de las filas de tumbas en los numerosos cementerios existentes en la apacible región de Picardía. Cada tumba es la de un muchacho venido desde Gran Bretaña, la *Commonwealth*, Francia o Alemania, caído por su país en la batalla más mortífera de la Primera Guerra Mundial, el Somme. Pero no todos descansaban en tumbas individuales. En Thiepval, un monumento conmemorativo recuerda a 73.367 británicos desaparecidos en combate.

Las consecuencias de la batalla del Somme son aún materia de discusión. Las pérdidas alemanas fueron muy numerosas, pero la ruptura prevista por Haig y por la que se habían sacrificado tantas vidas humanas y material no tuvo lugar. El frente aliado avanzó en varios sitios, pero nunca más de ocho kilómetros. La resistencia alemana fue tenaz y el desenlace en el frente occidental, tan incierto como antes. Parecía que no había otra opción que enterrarse en las trincheras para una larga guerra de desgaste. «El idealismo –escribió el historiador A. J. P. Taylor–, murió en Somme.» Pero ningún jefe parecía haber previsto que el ataque conduciría a un desastre, y no sólo porque los atacantes se expusieran mientras que los atacados permanecían atrincherados, sino también porque la aparición del ferrocarril modificó la naturaleza de la guerra, ya que las tropas que avanzaban inmediatamente se encontraban en vanguardia de sus cabezas de línea, que era preciso prolongar. Las tropas que se replegaban volvían a su base y podían ser rápidamente reforzadas. En consecuencia, la guerra en el oeste acabó en 1918, unavez que los alemanes se lanzaron a una última ofensiva fatal que estuvo condenada al fracaso y, agotados, se encontraron ante la incapacidad de prolongar su esfuerzo.



Irlandeses de Tyneside (superior) durante el ataque a La Boisselle.

Servidores de un cañón de 18 libras (centro) cerca de Montauban.

El regimiento de Wiltshire (superior) en el asalto de Thiepval.

El Ebro/*24 de julio-18 de noviembre de 1938*

La última esperanza de una victoria republicana sobre los franquistas en la Guerra Civil española de 1936-1939 se desvaneció, al tiempo que caían miles de jóvenes idealistas, en la batalla del Ebro, que duró cerca de cuatro meses. En el verano de 1938, los rebeldes ocupaban las dos terceras partes de España. Los republicanos, llegados al poder tras las elecciones de 1931, resistían aún en Cataluña, al noreste, así como en una amplia zona del sudeste del país, en la que se englobaba Madrid. Aglutinaban una fuerte fracción comunista y estaban apoyados por Stalin, lo mismo que Hitler y Mussolini aportaban ayuda a Franco. Muchos miles de voluntarios antifascistas de las Brigadas Internacionales habían venido, igualmente, a reforzar las filas republicanas.

En julio de 1938, los rebeldes, que contaban con el grueso del ejército regular español, avanzaron hacia Valencia, punto de apoyo del ala derecha republicana.

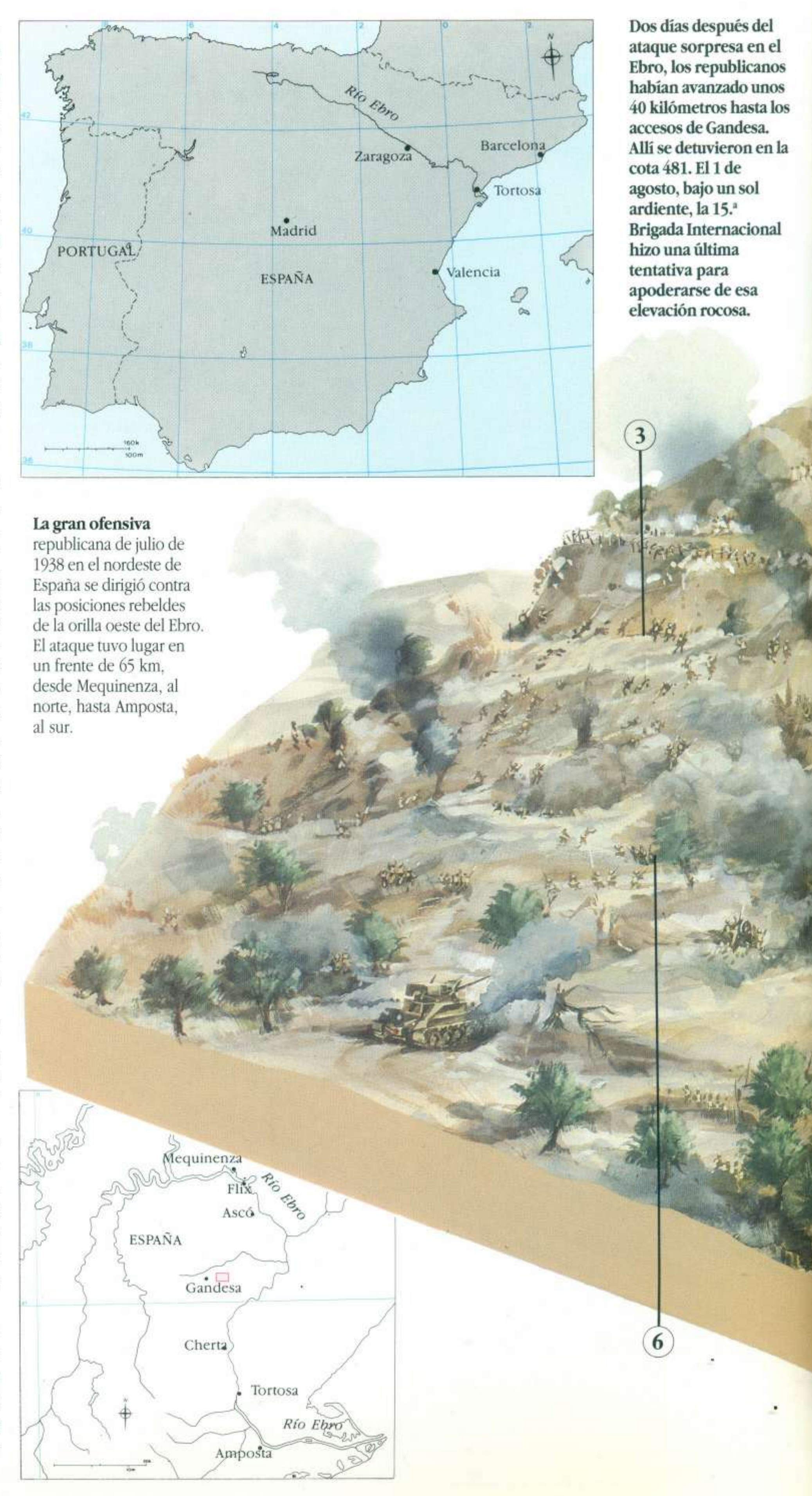
El presidente del gobierno, Juan Negrín, pedía una ofensiva hacia el norte para socorrer Valencia. Su jefe de estado mayor, el general Vicente Rojo, puso a punto un plan para romper las líneas rebeldes al otro lado del río Ebro e intentar abrir un paso para establecer un enlace directo con la zona de Valencia. Para conseguirlo, se formó un ejército del Ebro bajo las órdenes del general Juan Modesto, un comunista, antiguo leñador. Comprendía 80.000 hombres, insuficientemente provistos de medios acorazados y de artillería, pero protegidos por 100 aviones de caza suministrados por la URSS.

Al atardecer del 24 de julio, en la oscuridad, los hombres y el material de Modesto comenzaron a franquear el río, de una anchura de 90 metros en algunos sitios, en todo tipo de embarcaciones y puentes de pontones. Cogieron al ejército de África del general Yagüe por sorpresa. La ofensiva de Modesto se proyectó sobre un frente de 65 km, desde Mequinenza, al norte, hasta Amposta, al sur, aunque el mayor empuje estaba orientado hacia el centro del ancho meandro que describe el Ebro hacia el este, entre Fayón y Cherta.

Cuarenta horas después del vadeo, el 5.º Cuerpo del general Enrique Líster, un ferviente comunista, había conquistado toda la meseta en la curva del río, hecho 4.000 prisioneros y avanzado 40 kilómetros hasta las inmediaciones de Gandesa.

Tras establecer posiciones defensivas, los hombres de Yagüe consiguieron contener el avance republicano en espera de la llegada de refuerzos. Pero Franco no tenía intención de contratacar antes de tener asegurada la superioridad en artillería y aviación. Mientras tanto, todos los puentes del Ebro se bombardearon para cortar las líneas de aprovisionamiento de Modesto.

En el campo, Líster, intentó varias veces apoderarse de Gandesa y, al finalizar julio, los infantes republicanos salieron muchas veces al asalto desde las colinas escarpadas y rocosas, aunque en vano. A veces llegaron tan cerca de Yagüe como para atacar con granadas de mano, pero nunca pudieron penetrar en sus posiciones.



Dos días después del ataque sorpresa en el Ebro, los republicanos habían avanzado unos 40 kilómetros hasta los accesos de Gandesa. Allí se detuvieron en la cota 481. El 1 de agosto, bajo un sol ardiente, la 15.ª Brigada Internacional hizo una última tentativa para apoderarse de esa elevación rocosa.

La gran ofensiva republicana de julio de 1938 en el nordeste de España se dirigió contra las posiciones rebeldes de la orilla oeste del Ebro. El ataque tuvo lugar en un frente de 65 km, desde Mequinenza, al norte, hasta Amposta, al sur.

La cota 481 (1) era una elevación rocosa y escarpada situada a dos kilómetros al este de Gandesa y dominaba la entrada a la ciudad. Los rebeldes la denominaron «la cota de la muerte».

Las posiciones rebeldes, con sus trincheras y casamatas protegidas por alambradas **(2)** coronaban la cota 481. Las ocupaban los moros del ejército de África del general Yagüe.

A lo largo del 1 de agosto, los internacionales intentaron tomar la cota 481. Todos sus ataques **(3)** los rechazaban los disparos de las armas automáticas y una lluvia de granadas de mano. Las pérdidas fueron muy elevadas.

En el verano de 1936, gran número de militares españoles, reacios al gobierno de izquierdas elegido a raíz de la caída de la monarquía, se rebelaron encabezados por las fuerzas desplegadas en el Marruecos español. El general Franco, que había sido destinado a Canarias para alejarle de la actividad, política, regresó en avión a Melilla para ponerse al frente de la rebelión. Después, aviones alemanes transportaron sus tropas a Algeciras, en el sur de la península. Las guarniciones del noroeste tomaron partido por él y se unieron las dos fuerzas.

Durante la guerra, España se encontró en gran medida dividida en dos: el oeste sostenía a los rebeldes (llamados también nacionalistas) y el este al gobierno (republicanos). El envite central era Madrid: si Franco llegaba a aislar la capital, el gobierno podría verse privado del apoyo de las otras zonas.

Las fuerzas nacionalistas, bien aprovisionadas por Alemania e Italia, tenían una clara ventaja sobre los republicanos. Por otro lado, la Unión Soviética envió armas a la República, y voluntarios venidos de todas partes formaron las Brigadas Internacionales en ayuda de los gubernamentales.



Los republicanos carecían de artillería. Recibieron algunos carros soviéticos **(4)** pero al principio de los combates quedaron fuera de uso para conquistar la cota 481.

Los rebeldes podían solicitar fuego defensivo a discreción, como atestiguan los proyectiles **(5)** que baten las pendientes de la colina.

Los republicanos se guarecían como podían en la pendiente rocosa, en la que se encontraban al descubierto **(6)**. Muchos se resguardaban en las cercas de piedra, pero muchos resultaron heridos por los fragmentos de roca.

El Ebro/2

La clave de Gandesa era la cota 481, al este del pueblo. El 1 de agosto, Líster dio la orden al batallón británico de la 15.ª Brigada Internacional de hacer una tentativa de fuerza, de forma que el avance republicano volviera a tomar impulso.

Bajo el sol ardiente, los británicos se lanzaron al asalto varias veces, pero fueron rechazados por el fuego de ametralladoras y artillería, y padecieron graves pérdidas.

El 6 de agosto se inició el primero de los contrataques rebeldes, precedidos de una acción en masa de la artillería y la aviación. Los republicanos perdieron todo el terreno conseguido entre Mequinenza y el norte de Fayón. A lo largo de toda la línea, el ejército del Ebro sufrió repetidos ataques y un bombardeo ininterrumpido. Pero los hombres de Líster aguantaron tenazmente y después de haber sido acosados cerca de tres meses en un amplio frente, retrocedieron ocho kilómetros.

Franco acumuló efectivos y artillería en la línea Fayón-Cherta. Al amanecer del 30 de octubre, sus cañones iniciaron un bombardeo de tres horas; cien bombarderos se sumaron a la acción. La infantería y los carros avanzaron y comenzaron a ocupar las elevaciones, defendidas encarnizadamente. El 3 de noviembre, el ala derecha de los rebeldes se apoyaba sobre el Ebro. Once días más tarde, Yagüe estaba preparado para desalojar a los republicanos que quedaban, aunque una fuerte nevada puso fin a las operaciones. El 18 de noviembre, no obstante, la última cabeza de puente del otro lado del río caía en sus manos. La batalla del Ebro había terminado.

Fue la prueba más importante y más sangrienta de la guerra y supuso un descalabro tal para los limitados recursos de los republicanos que éstos no pudieron ya nunca volver a tomar la ofensiva.

Después de la batalla del Ebro, la guerra degeneró en un repliegue constante de las fuerzas republicanas, agotadas y desmoralizadas después de tres años de resistir la superioridad manifiesta del enemigo, y, tras la pérdida paulatina de las zonas del país en su posesión, lo que quedaba de su ejército abandonó España por la frontera francesa.

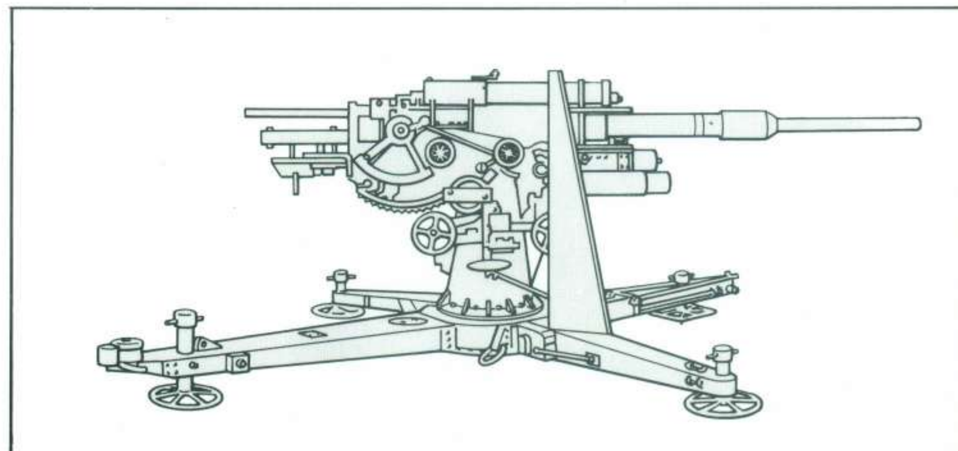
La Guerra Civil sirvió de campo de experimentación para las potencias que ayudaron a ambos bandos, pero no siempre las conclusiones extraídas del empleo de su material bélico más moderno fueron las adecuadas, como se demostró en la Segunda Guerra Mundial. Quienes sacaron más partido del «polígono de tiro español» fueron los alemanes, quienes aprovecharon para perfeccionar el concepto de la *Blitzkrieg* (guerra relámpago) y poner a punto las armas que iban a hacerla posible al cabo de unos meses de que concluyese la guerra en España. Cada país había jugado sus cartas a su manera y ahora sólo quedaba por ver, en el tapete del mayor conflicto padecido por la Humanidad, quién había realizado el mejor descarte.



El general Juan Yagüe, que mandaba el ejército rebelde de África en el frente del Ebro, era un hombre enérgico y con experiencia. Se le apodó «el carnicero de Asturias» a causa de la crueldad con la que en 1934 sus soldados africanos reprimieron el levantamiento obrero. Durante la guerra, Franco le suspendió provisionalmente de su función por haber elogiado en público la eficacia del ejército republicano y calificado a los soldados alemanes e italianos de «animales de presa».



El general Juan Modesto condujo al ejército republicano en la ofensiva del Ebro. Originario de Andalucía, fue uno de los mejores jefes militares de la República. Era un comunista convencido, formado política y militarmente en Moscú. Al caer Madrid, en 1939, se exilió con otros jefes comunistas.



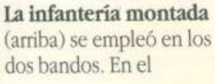
El ejército rebelde recibió material moderno de Hitler y Mussolini, que utilizaron esta guerra como un campo de experimentación. Alemania envió la Legión Cóndor, 5.000 hombres con aviones, carros y armas contracarro y antiáreas, entre éstas el cañón de 88 mm. (arriba), que se haría famoso en la Segunda Guerra Mundial. Proveyó igualmente a Franco de instructores y especialistas. Italia envió 75.000 hombres, numerosos carros y alrededor de 600 aviones de caza y bombardeo. Los alemanes ofrecieron al mundo un anticipo de la guerra total que iban a desencadenar sobre Europa cuando el 26 de abril de 1937, aviones de la Legión Cóndor bombardearon la ciudad de Guernica, que redujeron a ruinas y en la que murieron más de 2.000 personas.



Cuando en 1936 estalló la guerra civil en España, Stalin proporcionó ayuda y alentó a los voluntarios del mundo a abrazar la causa antifascista. En octubre del mismo año, llegó al frente la primera de las Brigadas Internacionales. Sin embargo, los 35.000 voluntarios extranjeros que lucharon junto a la República no eran reclutas del *Komintern.* Había entre ellos numerosos jóvenes intelectuales e idealistas (arriba) que veían en esa guerra una ocasión de combatir el fascismo.

La esperanza republicana de restablecer las comunicaciones entre Cataluña y el sur se desvaneció en el verano de 1938 con la contraofensiva del Ebro. Los dirigentes de la República se exiliaron en Francia, como lo hicieron más tarde numerosos soldados. En toda la guerra hubo unos 700.000 muertos, sin contar los 30.000 ejecutados después de la victoria de Franco, tras pasar los tribunales sumarios destinados a juzgar a los «líderes» republicanos.

Las naciones europeas observaron el conflicto muy de cerca y algunas, sobre todo Alemania, sacaron interesantes lecciones militares. Pero se les escapó una: durante 28 meses Madrid estuvo asediada y bombardeada sin descanso, sin que se obtuviera una sola vez el resultado esperado, es decir, el pánico total de la población. Cuando los alemanes intentaron aplicar la misma táctica sobre Londres, algunos años más tarde, sus habitantes mostraron el mismo estoicismo y la misma resolución que los madrileños.



La infantería montada (arriba) se empleó en los dos bandos. En el republicano, los carros de combate eran menos numerosos que entre los rebeldes.

El Alamein/ *23 de octubre-4 de noviembre de 1942*

La víspera de la batalla de El Alamein, una vez preparados sus minuciosos planos, el general Montgomery se retiró temprano a su caravana. Su optimismo, en esa tarde del 23 de octubre de 1942, estaba cimentado. Desde que, diez semanas antes, llegó a Egipto para tomar el mando de un ejército que hasta ese momento había pasado de mano en mano y, en los últimos tiempos, conocido más reveses que éxitos, lo había reorganizado, reforzado, reequipado y entrenado, y sobre todo restablecido su moral. Y después, consiguió una ventaja sobre el enemigo: los servicios de información habían descubierto el código de los alemanes y sabía que sus líneas de comunicación eran demasiado largas y padecían escasez de gasolina, de materiales esenciales y de la adecuada cobertura aérea.

El VIII Ejército, compuesto esencialmente por soldados británicos y de la *Commonwealth*, estaba listo para entrar en acción.

Cuando el general Rommel, el comandante en jefe alemán en África del Norte, acudió con sus carros para ayudar a los desmoralizados italianos, pareció durante un tiempo que las tropas del Eje iban a llegar a El Cairo. Dinámico y audaz, táctico brillante, en ocasiones descuidado ante las órdenes de sus superiores, Rommel condujo sus carros y su infantería mecanizada a una serie de victorias contra su adversario, no obstante su superioridad en número. Hitler le nombró mariscal.

Después volvió a encontrar graves dificultades de avituallamiento, pues numerosos barcos mercantes que los llevaban fueron hundidos en el Mediterráneo. Y además, el *Africa Korps* sospechaba que parte de lo que se le destinaba se desviaba hacia el frente del Este. Rommel, en particular, carecía de gasolina y de vehículos. Y sin embargo, el «Zorro del desierto», como le apodaba la prensa británica, prosiguió en su lucha con su habitual buen olfato y, al inicio de julio de 1942, había avanzado bastante en el interior del desierto y amenazaba el delta del Nilo. Pero la escasez llegaba a un punto crítico. Los convoyes de vehículos procedían de las bases principales de Trípoli y Bengasi y tardaban, respectivamente, unos 12 y 7 días para ir y volver por la carretera de la costa, a menudo atacada por la aviación británica. Para añadir más a sus problemas, los refuerzos de infantería que recibía llegaban sin vehículos, lo que les incapacitaba en la práctica para la guerra en el desierto.

Para sacar partido de sus espectaculares ganancias, Rommel volvió a la ofensiva el 30 de agosto en Alam el Halfa. Montgomery le esperaba y le rechazó más allá de la importante línea estratégica que venía de El Alamein, cerca de la costa, hasta la depresión de Kattara, a 65 km al sur. Una vez cubierto sus flancos, *Monty* preparó al VIII Ejército para dar un golpe decisivo. Churchill le urgía para que se aprovechase del período de luna llena de septiembre, una quincena más tarde, y lanzase una ofensiva de envergadura, pero el general rehusó comenzar antes de haber finalizado todos sus preparativos. Eligió la víspera de la luna llena de octubre, mo-

En el momento en que, en septiembre de 1940, Mussolini lanzó sus tropas hacia el este desde Libia, el objetivo a alcanzar era Alejandría, El Cairo y el canal de Suez, al mismo tiempo que buscaba restablecer su prestigio mediante una victoria rápida después de sus magros resultados en el Mediodía francés. Lo que estaba en juego era considerable: el dominio del Mediterráneo meridional y de los campos petrolíferos de Oriente Medio, de los que dependía el esfuerzo de guerra aliado, y la posibilidad de atacar a la URSS a través del Asia Menor. Sin embargo, en diciembre contratacaron los Aliados y, aunque inferiores en número, empujaron a los italianos fuera de Egipto e incluso de Libia Oriental. Humillado, Mussolini debió aceptar la ayuda de las divisiones acorazadas de Hitler, mandadas por Rommel.

I

10

La guerra en el desierto, hecha de avances y retrocesos, prosiguió durante casi dos años después de que, a finales de 1940, Rommel llegase a la región. La imposibilidad de una victoria decisiva se debía, en parte, a las dificultades de aprovisionamiento a causa de las distancias y a la relativa calidad del material empleado. Algunas veces eran los británicos quienes poseían los mejores carros y cañones, y otras era el Eje. Además, cada vez que uno de los dos adversarios avanzaba, se alejaba todavía más de sus bases, mientras que el atacado se acercaba a las suyas. Sin embargo, en el otoño de 1942 las fuerzas británicas se vieron considerablemente reforzadas en hombres y material. Rommel sabía que el tiempo jugaba contra él: en ese momento, ahora o nunca, debía llegar al canal de Suez. Pero delante de su objetivo tenía al VIII Ejército de Montgomery. Los británicos ocupaban una línea de 65 km desde la depresión de Kattara, al sur, hasta el empalme del ferrocarril de El Alamein, al norte.

II

En la tarde del 24 de octubre, los británicos lanzaron un ataque en masa por sorpresa en una extensión de 20 km de terreno minado.

Los frecuentes fogonazos del bombardeo artillero permitían a la 164.ª División alemana **(1)** descubrir el avance de los elementos enemigos y someterlos a un fuego de ametralladoras y morteros.

Aunque un ala de la división italiana Trento **(2)** permaneció intacta después de la cortina de fuego de la artillería, a la otra **(3)** se la eliminó después de un violento cuerpo a cuerpo con la 2.ª División neozelandesa **(4)**.

En el desierto, además de los campos de minas, **(5)** las alambradas eran la única protección posible. Ambos ejércitos las utilizaron en gran escala, a lo largo de cientos de kilómetros.

Al son de las gaitas, la 51.ª División Highlander **(6)** avanzó tan rápido hacia las líneas alemanas que se encontró bloqueada entre las alambradas amigas y el fuego enemigo. Pero su ala izquierda **(7)** pudo alcanzar la cresta.

A las 3,00 horas, una bengala Very disparada desde la cresta de Miteiriya **(8)** anunció el éxito de la 2.ª División neozelandesa **(4)**, que avanzó hasta el terreno llano **(9)** a fin de parapetarse a la espera de refuerzos.



Basados en informaciones erróneas, los sudafricanos de la 1.ª División **(10)** no esperaban una defensa tan potente. Detenidos en seco, trataron de resistir el contrataque antes de reemprender su avance.

El conjunto de la ofensiva británica, bautizada como operación «Pie Ligero», se concibió como una serie de movimientos «a saltos»: los batallones avanzaban escalonadamente, se apoderaban de un punto de apoyo que suministraba cobertura y permitía el avance del siguiente. Los *Highlander* **(6)** dieron a cada punto de apoyo el nombre de una ciudad escocesa.

Entre el polvo y el humo, la visibilidad era tan mala que las divisiones británicas se guiaban con la ayuda de proyectiles trazadores rojos y verdes que pasaban por encima de sus cabezas. Cada batallón seguía un itinerario bastante preciso, balizado con luces y cintas blancas que les permitían atravesar los campos de minas.

El apoyo acorazado (11) se retrasó respecto al rápido avance de la infantería y también a causa de los restos de vehículos que obstaculizaban los pasillos abiertos entre los campos de minas.

mento en el que los carros y la infantería podrían operar fácilmente en la noche. Esas siete semanas fueron de gran actividad en previsión de la operación «*Lightfoot*» (Pie ligero). El plan de la ofensiva fue redactado por *Monty* en persona.

En el transcurso de esa preparación masiva de efectivos y material, la más grave amenaza provenía del mismo desierto, en el que no se podía ocultar nada aunque se conseguía, a pesar de todo, encubrir suficientemente mediante la construcción de enormes instalaciones falsas en el sur, lejos del escenario previsto para la acción principal.

Hacia mediados de octubre, el VIII Ejército estaba compuesto por 195.000 hombres y el número de sus carros pasó de 896 a 1.351, entre ellos 285 Sherman estadounidenses del último modelo. La artillería, que agrupaba desde piezas contracarro de 2 libras hasta cañones medios, comprendía 1.900 piezas. Rommel disponía de 100.000 hombres, 1.325 cañones y 510 carros, entre éstos 300 italianos de calidad mediocre.

La víspera de la ofensiva, los hombres del VIII Ejército permanecieron al amparo de sus trincheras, con la prohibición de salir; fue una medida adecuada, pues alemanes e italianos no se dieron cuenta de que se les atacaba con fuerza hasta el 23 de octubre a las 21,40 horas, cuando se les sometió a una barrera artillera como no se había visto desde 1918.

Desgraciadamente para el Eje, Rommel se encontraba en ese momento en Austria, donde se recuperaba de una enfermedad. Y para colmo de mala suerte, su sustituto, el general Stumme, tuvo un ataque cardíaco después del inicio de la batalla, en el curso de una visita de inspección. Por lo tanto, fue el general von Thoma, jefe del *Africa Korps*, quien asumió el mando, en una situación extremadamente confusa. Hitler ordenó entonces a Rommel regresar sin demora a Egipto.

En dos días de encarnizados combates, el VIII Ejército encontró campos de minas muy extensos y también una resistencia más decidida de la prevista. Aumentaron las pérdidas, los hombres esaban agotados y la ofensiva perdía impulso. Montgomery interrumpió las tentativas hechas por dos divisiones acorazadas, la 10.ª al norte y y la 7.ª al sur, para penetrar en las defensas enemigas.

Mientras tanto, Rommel había regresado y en la mañana del 26 de octubre alemanes e italianos lanzaron un violento contrataque sobre las posiciones avanzadas del VIII Ejército, alrededor de Kidney Ridge, y se vieron rechazados con graves pérdidas. Al día siguiente atacaron de nuevo y en repetidas ocasiones, pero sin ningún éxito.

El día 28, el VIII Ejército reinició su ofensiva. La 9.ª División australiana, en el ala norte, lo intentó todo pero no avanzó.

Rommel decidió entonces llamar del sur a todas las unidades alemanas disponibles para prepararse en un último esfuerzo, con el fin de conservar sus posiciones cerca de la carretera costera. En esos momentos se encontraba tan desanimado que incluso proyectaba un repliegue hacia Fuka, a 95 km al oeste.

Sin embargo, también había cierta desazón en



El general Bernard Montgomery (1887-1976). Aplicó la austeridad de su vida cotidiana a su estilo de mando. Insistía en el minucioso esmero con el que había concebido la estrategia de la batalla en los menores detalles, pero su gran fuerza provenía de su flexibilidad: sabía adaptarse a las circunstancias, de forma que si era necesario modificaba el plan en el último minuto.

Veterano de la guerra de 1914, no había participado en ninguna acción desde Dunkerque, en 1940, y su destino estaba en las fuerzas territoriales. Supo hacer de unidades muy diversas un ejército coherente que destruiría la leyenda sobre la invencibilidad alemana.



El mariscal Erwin Rommel (1891-1944). Contaba con una eficaz combinación de sangre fría y una apasionada intuición. Esta facultad logró transformar los errores en éxitos y explica el número de sus victorias en África. Comenzó su carrera en 1910 y luchó durante la guerra de 1914. General a los 49 años, vivía en las mismas condiciones que sus hombres, lo que afectó a una salud ya delicada. Cuando se inició la ofensiva británica se encontraba enfermo en Europa.

Después de sus primeros éxitos en África, la moral alemana estaban tan alta y el Estado Mayor tan seguro de la victoria, que no podía creerse en la derrota de noviembre de 1942.



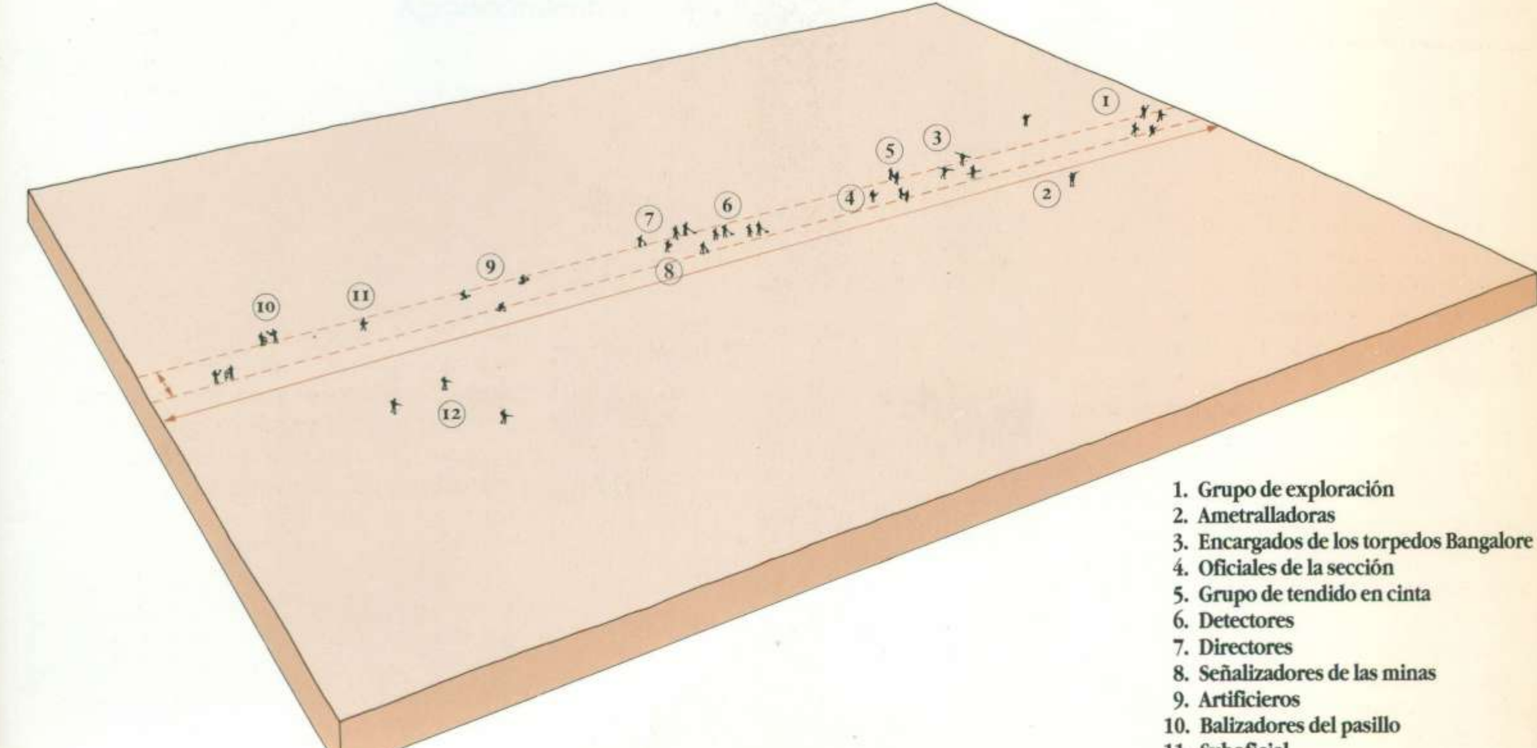
El general George Stumme (1886-1942). Fue enviado por Hitler para sustituir a Rommel, enfermo y en tratamiento en Austria. Este nombramiento era más político que militar, y Rommel, aunque sin entusiasmo, puso a Stumme desde su llegada perfectamente al corriente.

Un hecho paradójico es que la determinación de Stumme de atenerse a las instrucciones de Rommel, y no del todo su propia incompetencia, contribuyó al fracaso de las fuerzas del Eje ante los ataques de los días 23 y 24 de octubre. Hasta ese momento, Stumme había hecho todo lo posible para mantener la moral de sus tropas.

El 24 de octubre inspeccionaba el frente, cuando le faltó poco para que le hiriese una bala inglesa; poco después, sucumbió a una crisis cardíaca, lo que precipitó el regreso de Rommel.

El Sherman apareció en combate en El Alamein y fue, a partir de 1943, el carro medio normalizado de los Aliados. Su cañón de 75 mm resultó eficaz sobre todo contra posiciones contracarro y, como tenía estabilización hidroeléctrica, podía disparar en marcha con cierta precisión. El Sherman pesaba 30 toneladas, alcanzaba los 40 km/h y se podía montar en 30 minutos a base de piezas prefabricadas. Una veintena de firmas produjeron en total 49.000 ejemplares.





Era necesario un equipo completo para abrir pasillos en los campos de minas. El anticuado y laborioso método consistente en detectar las minas con la punta de la bayoneta se reemplazó por un nuevo detector polaco que señalaba la presencia de una mina mediante un dispositivo eléctrico que provocaba un pitido agudo en los auriculares del operador. Las minas descubiertas y los pasillos abiertos eran balizados con cintas blancas y luces enganchadas en estacas y colocadas en bidones de gasolina. Las luces estaban coloreadas con trozos de cristal verde o ámbar que indicaban, respectivamente, las zonas despejadas y las que no lo estaban.

EN EL PRÓXIMO TOMO

El Alamein/*23 octubre - 4 noviembre, 1942*

Kohima/*5-18 abril, 1944*

Arnhem/*17-25 septiembre, 1944*

Iwo Jima/*19 febrero - 26 marzo, 1945*

El Hook/*12-29 mayo, 1953*

Dien Bien Phu/*20 noviembre, 1953 - 7 mayo, 1954*

Visitar los campos de batalla

Agradecimientos